



© Pablo Pino / @pr0pa64nd4

# *mientrastanto.e*

Número 222 de abril de 2023

## Notas del mes

### **Prisas con las listas**

Juan-Ramón Capella

---

### **Economía del sobresalto: crisis financiera, inflación y crisis ecológica**

Albert Recio Andreu

---

### **Las horas bajas del realismo**

Asier Arias

---

### **Los dilemas de Sumar**

Albert Recio Andreu

---

## **Penar hasta morir por un poema**

Juan-Ramón Capella

---

## **Ensayo**

### **Cambios de la cultura del trabajo**

Antonio Antón

---

### **Atender las diferencias, combatir las desigualdades escolares**

Joan M.<sup>a</sup> Girona

---

## **El extremista discreto**

### **La Academia no limpia**

El Lobo Feroz

---

## **De otras fuentes**

### **Contra la distopía belicista**

José Luis Gordillo

---

### **Occidente visto desde el mundo**

Boaventura de Sousa Santos

---

## **China: empezó la cuenta atrás**

Manuel Monereo

---

## **Ellos lo cuentan así**

Rafael Poch de Feliu

---

## **Las autoridades estadounidenses utilizan medios de comunicación subsidiarios para culpar a una Ucrania subsidiaria**

Aaron Maté

---

## **Putin y Zelenski: pecadores y santos que encajan en nuestro relato histórico**

Stephen Kinzer

---

## **¿Cuántos tanques tiene el Papa para la paz en Ucrania?**

Rafael Díaz-Salazar

---

## **¿África soberana?**

Vijay Prashad y Mikaela Erskog

---

## **Deportaciones a Ruanda como método de disuasión**

Samuel Witteveen Gómez

---

## **La paridad no nos salvará**

Irene Zugasti

---

## **Aborto provocado: ¿en los centros públicos?**

Francisca García y Eva Rodríguez

---

# ...Y la lírica

Chantal Maillard

---

Juan-Ramón Capella

## Prisas con las listas

Me voy a permitir, desde la libertad de no tener ni esperar ninguna responsabilidad en grupo político alguno, expresar mi opinión acerca de las prisas de algunos actores políticos para que SUMAR decida ya ahora las listas electorales para las elecciones de noviembre o diciembre de este año.

El lector recibirá este número de *mientras tanto* en abril. La disolución de las Cortes generales está prevista para el 10 de noviembre de este año (en esa fecha finaliza el mandato de la legislatura actual). Faltan más de *siete meses* para las próximas elecciones. Y SUMAR ¿debería empezar ahora el proceso de formación de las listas electorales?

Me temo que estamos ante el sempiterno problema de los políticos más o menos profesionales de todos los partidos, tanto de derecha como de izquierda, de tener aclarado su futuro ante cada ciclo electoral, pero no ante una necesidad del proceso de SUMAR a las distintas fuerzas a la izquierda del Psoe. Admito que también la preocupación puede no ser egoísta o personal, sino referirse al futuro del grupo en que se está integrado.

La confección de las listas es, además de una carrera de los profesionales, un importante proceso político. Y es preciso recordar algo que habitualmente no se toma en consideración: que todo sistema electoral estructura el proceso político al que se aplica. Si se aplica el sistema de las negociaciones entre pesos pesados de las diferentes sensibilidades, hay que tener en cuenta el peso de las sensibilidades mismas. Estos pesos (que no coinciden, además) no se pueden determinar casi nunca con exactitud. Están, sí, los resultados obtenidos por cada sensibilidad en la última confrontación electoral, que ha de verse en relación con las anteriores para tratar de discernir una tendencia. En el mundo todo cambia. Y están también otros elementos político-culturales, como el prestigio genérico de cada sigla, que pueden corregir un poco la estimación basada en resultados.

Sin embargo, el método de la negociación no es el único que existe. También se puede recurrir a unas primarias siempre que sea posible establecer un censo electoral. Hay tiempo para ello si se pone la vista en las próximas elecciones generales. Tiempo para que las personas interesadas se puedan inscribir en censos locales para Sumar, quizá aportando un pequeño óbolo, y constituir por esta vía un censo provincial o autonómico, etc.

También las primarias, sin embargo, exigen decidir entre procedimientos alternativos.

Lo más fácil es optar por las mayorías y dejar un pequeño espacio a las minorías, que son portadoras de opiniones que, pese a ser minoritarias, también pueden ser justas y constituir eventuales posibilidades de recambio que no deben ser silenciadas.

Otro método, el que personalmente prefiero, es muy antiguo, pero también revolucionario: consiste en que los participantes en unas elecciones primarias para confeccionar listas dispongan no de una sola opción sino de dos: una papeleta «blanca» para designar su preferencia y una papeleta «negra» para expresar su desconfianza. El elector puede usar o no esa segunda

papeleta. El carácter estructurante del procedimiento llamado de bola blanca y bola negra, en que los votos negros obtenidos por un candidato se restan a sus votos blancos, es cohesionar al grupo, evitar las minorizaciones, asegurar que los elegidos son aquellos que parecen merecedores de mayor confianza para todos.

Me parece que, dada la tendencia de la izquierda a la escisión, a contraposiciones por un quítame allá esas pajas, el sistema del doble voto puede contrarrestar esa desgraciada tendencia. Sobre todo cuando se trata de Sumar y cuando la división es reconocida por todos como lo más indeseable.

Conviene, pues, reflexionar no sólo sobre los tiempos sino también sobre los procedimientos.

**Albert Recio Andreu**

# **Economía del sobresalto: crisis financiera, inflación y crisis ecológica**

## **Cuaderno pandémico: 19**

### **1. De susto en susto**

Llevamos meses oyendo, en palabras de nuestros líderes políticos, que en la legislatura actual hemos experimentado una coyuntura excepcional. Y hacen referencia a la COVID, a la guerra de Ucrania, a la inflación... Como si se tratara de meros epifenómenos que alteran el normal funcionamiento social (más o menos lo que un economista convencional llamaría “shocks exógenos”). Se puede entender que los gobernantes lo usen para tratar de justificar sus problemas de gestión apelando a “la maldad de los elementos”. Pero, como diagnóstico, resulta —a mi entender— equivocado. Porque basta ampliar un poco la perspectiva histórica para entender que los sobresaltos de estos últimos cuatro años tienen variados antecedentes en las décadas anteriores. Más que una situación excepcional (como la de la pandemia), llevamos viviendo una sucesión de fenómenos que obligan a pensar que no se trata de una “lluvia de meteoritos”, sino que obedecen a deficiencias estructurales de la economía-mundo, del sistema de poderes institucionales que la conforman. Antes de la COVID estuvo la crisis financiera y los durísimos planes de ajuste, y aquella estuvo precedida de una serie de convulsiones financieras y de guerras en Oriente Próximo. Naomi Klein elaboró su exitosa “La doctrina del shock” mucho antes de la época actual, precisamente porque ya estábamos enfrascados en una serie de situaciones críticas que ayudaban a dar credibilidad a su argumento. Situaciones que, más que al producto de procesos conspirativos, obedecían a las disfunciones y problemas que genera, de forma recurrente, el capitalismo contemporáneo.

### **2. La crisis financiera siempre vuelve**

De nuevo, amenaza de crisis financiera global. De momento ya ha habido una sucesión de bancos en problemas en Estados Unidos (Silicon Valley Bank, Signature Bank, First Republic) y Europa (Credit Suisse, Deutsche Bank). Para cada uno se explica una historia particular, y a cada uno se le ha aplicado una solución específica. Fácil, por un lado, porque los bancos estadounidenses en problemas eran entidades medianas que no exigían una enorme cantidad de recursos. Más complicado, por otro, porque en el caso europeo las entidades afectadas eran el segundo banco suizo (sector económico principal del país) y el primer banco alemán. Aunque, en este caso, al tener una situación menos comprometida, era más fácil la intervención.

Cada caso tiene una historia peculiar; puede explicarse como el producto de una trayectoria equivocada. En todo caso, la segunda oleada, la que ha afectado a los grandes bancos europeos, puede considerarse como una réplica provocada por el pánico que sacude periódicamente a las bolsas y a los inversores financieros. Cuando el miedo se apodera de los inversores y acuden en masa a retirar dinero, cualquier banco puede quebrar. Pero estas historias particulares y estos pánicos tienen lugar en unos contextos concretos que merecen ser analizados.

En primer lugar, está el enorme peligro que genera el enorme peso del sector financiero desregulado, el que se conoce como “la banca en la sombra”, donde no se aplican los controles que se imponen a la banca normal y donde las pulsiones especulativas son mucho más fuertes. Llama la atención que, a principios de año, se haya producido una crisis en cadena del sector de las criptomonedas, sector que pretendía ser una banca alternativa. Que este sector iba a generar problemas estaba claro, como explican todos los estudios sobre historia monetaria; la banca desregulada está siempre amenazada de quiebra. Y no está claro si las quiebras de estas empresas han afectado a las cuentas de la banca oficial. Por otro lado, gran parte de los dineros los manejan actualmente los fondos de inversión. Estos, y no los pequeños clientes, son los responsables de las grandes retiradas de dinero de los bancos en crisis. El problema estructural se encuentra, en parte, en el peso de este sector financiero desregulado y su interconexión con el sistema formal. Un juego que multiplica los movimientos turbulentos que existen en todo sistema financiero.

En segundo lugar, tenemos el impacto de la política monetaria. Los aumentos de los tipos de interés aplicados por los bancos centrales —para frenar la inflación— han tenido efectos contrarios en las cuentas de los bancos. Por una parte, han permitido a los bancos repercutir al alza estos incrementos y ampliar márgenes, lo que explica los colosales beneficios obtenidos el último año. Pero, por otra, las variaciones en los tipos de interés tienen el efecto de alterar la rentabilidad del conjunto de activos financieros y, especialmente, han reducido el atractivo de los bonos de renta fija en las que algunos bancos tenían fuertes inversiones. Si estos bancos tienen necesidad de vender sus activos, la depreciación de valor les provoca pérdidas. Esto es lo que ocurrió con el Silicon Valley Bank (SVB), el que protagonizó la primera caída. En general, las grandes subidas de intereses afectan a personas y empresas con préstamos fijados con intereses variables. El enorme volumen de deuda acumulada a nivel mundial indica que puede haber más candidatos a experimentar problemas, como ya ha advertido el propio FMI. La misma incertidumbre que han generado estos pocos bancos es, en sí misma, un factor de inestabilidad que puede conducir a otra crisis financiera de gran escala dada la volatilidad de las inversiones financieras y la posibilidad que los pánicos se conviertan en estampidas.



La crisis se ha atajado con un nuevo plan de salvamento de los bancos. Una vez más, los bancos centrales han movilizado enormes cantidades de dinero para garantizar el 100% de los depósitos, con el objetivo de frenar masivas salidas de dinero de los bancos. Es decir, que si eres rico y has colocado el dinero en un banco equivocado no tienes que preocuparte, pues el sector público te cubre de las pérdidas. En el caso suizo, por razones poco claras, se ha preferido rescatar en parte a los accionistas del banco (que van a recibir 3.000 millones de euros de su comprador, el UBS) y, en cambio, se ha decidido que los tenedores de bonos Convertibles Contingentes (que podían acabar convertidos en acciones), lo pierdan todo. Probablemente, con ello hayas sentenciado esta vía de financiación, al convertirla en alto riesgo.

De esta respuesta resultan varias cuestiones obvias. En primer lugar, la enorme inestabilidad de los mercados financieros. La preocupación fundamental de la política de los bancos centrales es la de evitar que las desestabilizaciones que genera acaben afectando al conjunto, y, para evitarlo, se movilizan los recursos que haga falta y a la mayor velocidad. En segundo lugar, que se rescata a los ricos (pues de ellos son los grandes depósitos) olvidándose de todo el pseudo discurso “del riesgo moral”, porque de no hacerlo pueden provocar un grave daño al sistema. Y, en cambio, se niegan rescates al resto de la población, con necesidades reales muchos más acuciantes y costes financieros inferiores. Una política clasista justificada por el daño que pueden hacer los poderosos (los mecanismos mafiosos no son tan diferentes). En tercer lugar, queda claro que el dinero depende en definitiva del Estado (o del banco central, que *de facto* es una entidad que depende de una decisión pública), lo que pone en cuestión una buena parte de la justificación del propio sistema financiero. Es hora de empezar a proponer un sistema bancario público que realice las gestiones de un banco para la gente corriente (y ofrezca un servicio al público de mejor calidad) y aislar totalmente un sistema financiero para los que quieran especular. Es, sin duda, una propuesta demasiado radical dada la complejidad del sistema financiero, pero podría ser un punto de partida para proponer una alternativa a un sistema financiero básicamente parasitario y generador de persistentes seísmos.

No me resisto a recordar que Deutsche Bank es un banco que no sólo acumula una larga lista de irregularidades y manipulación de los mercados financieros; era el principal acreedor de la banca del Sur de Europa y uno de los grandes promotores de los rescates y los planes de austeridad en Grecia y España, pues si caía la banca española él iba detrás. Un ejemplo paradigmático de lo que hoy es una parte de la gran finanza.

### **3. Inflación sin control**

La inflación sigue imparable. No formó parte de las previsiones de las grandes instituciones económicas, y no tienen ninguna respuesta eficaz. El eje de la política antiinflación sigue anclada en dos dogmas: el uso de la política monetaria restrictiva (aumentos de tipos de interés), y la negativa a intervenir en los mercados de bienes y servicios. La primera yace en el supuesto de que la inflación es debida a un exceso de demanda, y por tanto hay que empobrecer a la gente para que frene el gasto. La segunda descansa en el supuesto de que los mercados son eficientes *per se*, y cualquier intromisión en los mismos sólo puede empeorar las cosas (generar problemas de suministros, frenar inversiones necesarias, etc.).

Hasta ahora, los sucesivos incrementos del tipo de interés oficial no han servido para el fin propuesto. Han favorecido el aumento de márgenes de los bancos, ya que estos han aumentado

en mayor medida los intereses que cobran a sus clientes que los que pagan a los depósitos. Aunque, como ya se ha comentado, es posible que este mismo aumento de intereses bancarios haya acabado por generar complicaciones en los mercados de capitales, y han contribuido a desencadenar la actual crisis financiera. No es la primera vez que una intervención dogmática de los bancos centrales provoca efectos de este tipo: en 2008, el Banco Central Europeo también subió los tipos de interés alegando un proceso inflacionario y su actuación agravó la crisis hipotecaria.

En cambio, no hay ninguna actuación seria —a excepción de la aplicación de la “excepción ibérica” al precio de la electricidad, que se ha mostrado eficaz— para intervenir en los mercados de productos. Y ello a pesar de que hay evidencia creciente de que una parte importante de la inflación se debe al incremento de los márgenes de beneficios aplicados por las empresas. La propuesta de un pacto de rentas ha quedado en el olvido por una cuestión básica: los pactos de rentas siempre se han aplicado históricamente para controlar los aumentos salariales, para mitigar lo que se consideraba un excesivo poder de los trabajadores. Hoy, una política de rentas efectiva debería concentrarse en reducir el excesivo poder del capital. Y esto, de momento, está fuera del marco institucional y mental de los gestores económicos. Por no limitar ni siquiera han conseguido, ni intentado, frenar los repartos de dividendos que expresan el carácter más rentista y parasitario del capitalismo. Es a todas luces significativo que la semana pasada la presidenta de la Comisión Nacional de los Mercados y la Competencia (una abogada que ha defendido a importantes grupos económicos en su anterior empleo en el despacho Cuatrecasas) haya protestado por el sistemático boicot de la Audiencia Nacional a las sanciones que pone su organismo por prácticas anticompetitivas de las grandes empresas. Una muestra de que los intereses de las grandes empresas están fuertemente asentados en el pensamiento y la práctica de la gran judicatura.

La no intervención en los mercados de productos y sobre las rentas del capital reduce los instrumentos de intervención a políticas de gasto público, bien reduciendo impuestos indirectos (como se ha hecho con los combustibles o con el IVA de los alimentos) o creando ayudas a las personas necesitadas. Ambas se han utilizado con resultados poco satisfactorios. Las rebajas de impuestos han sido en gran parte capturadas por las propias empresas. Las ayudas a menudo no llegan a quien más lo necesita por razones diversas (fundamentalmente se pierden en la maraña de procesos burocráticos y de trámites online o, en el peor de los casos, acaban en manos de persona de altas rentas que entienden mejor cómo funcionan). El resultado es que mucha gente tiene la sensación, justificada, de que el Gobierno les ha dejado en manos de los grandes empresarios. Una sensación de agravio que se extiende a otros sectores como el agrícola. Una vez más, la dictadura de la economía neoclásica y de un sistema institucional que sobreprotege a la propiedad y a los ricos, genera una total impotencia de las políticas.

#### **4. La persistencia, y la invisibilidad, de la crisis ecológica**

La crisis ecológica tiene su presencia en la problemática económica convencional. Lo que ocurre es que no está integrada en el tratamiento de los temas económicos. Lo de “salvar el planeta” se percibe como una cuestión al margen. El hecho que muchas de las manifestaciones más extremas se desarrollen a escala local (un tornado, un incendio forestal, una sequía local) facilita esta ausencia de conciencia global. La crisis COVID, que al fin y al cabo tenía su origen en la relación entre la actividad humana y el resto del mundo natural, se entendió como una cuestión

sanitaria, aislada. Pero la proliferación de estos fenómenos es un indicativo de que cada vez la crisis ecológica va a jugar un papel más importante en el devenir de la economía convencional.

De hecho, es bastante posible que parte de la inflación actual, especialmente la alimentaria, tenga entre sus causas los problemas climáticos y los suministros minerales. Y la única forma de hacerle frente es con un tipo de respuesta diferente de la que podría derivarse de si se trata de una cuestión de márgenes o de un exceso de demanda. Se trata de una cuestión que, como sociedades, deberemos confrontar con la profundización del cambio climático y el pico del petróleo. Todas estas cuestiones conducen a una necesidad crucial de jerarquizar usos y de introducción de algunas formas de racionamiento. Pero el campo de estos efectos no se limita a la provisión de alimentos, aunque esta es una cuestión crucial para la especie humana. La sequía que afecta a parte del territorio (otra derivada del cambio climático y de los usos del agua) plantea a bastante corto plazo conflictos importantes, como el que ya ha desvelado el intento de fijar caudales ecológicos al Tajo, o el que puede producirse este verano en las regiones turísticas. La crisis ecológica está y plantea problemas económicos adicionales a los que nos tiene habituados la “economía capitalista normal”.

## **5. Entre lo urgente y lo posible**

La persistencia del actual enfoque de la economía nos lleva al desastre. A largo plazo, si la crisis ecológica se hace inmanejable. A corto plazo, si el desánimo que causa entre la gente propicia la llegada de la extrema derecha (que es ya casi toda la derecha) al poder. Hay urgencia en el cambio de rumbo, pero hay demasiadas inercias, intereses, estructuras institucionales, creencias compartidas, que impiden que el cambio radical sea factible en el corto plazo.

Hay, también, bastante conocimiento acumulado sobre los límites y falacias del modelo dominante, que pueden alimentar una respuesta vigorosa. Y está también la experiencia reciente de la acumulación de problemas y fracasos acumulados por los practicantes de la ideología dominante que se abre espacios para que una crítica consistente alcance mayor audiencia.

El punto crucial pasa por saber combinar la crítica estructural, el reconocimiento de los problemas cruciales de la ecología y las desigualdades, de reorganización de la actividad económica y cambio institucional, con la introducción de propuestas concretas que planteen repuestas concretas que ayuden a la vez a hacer frente a los problemas actuales y refuercen las tendencias al cambio global.

A modo de sugerencia, creo que en ellas debería incluirse:

- La creación de una banca pública que funcionara con una base alejada del modelo especulativo imperante.
- La creación de un organismo que permitiera conocer los mecanismos de fijación de precios de las actividades básicas, permitiera clarificar dónde se generan las tensiones inflacionistas y sirviera para la toma de decisiones.
- Una imposición efectiva sobre los beneficios abusivos y las rentas parasitarias.
- Un sistema sencillo de ayudas públicas a los sectores de rentas bajas, que podría gestionarse por la Agencia Tributaria de forma automática.
- Una cadena de centros de investigación y asesoramiento para apoyar la simplificación de los procesos productivos, la reducción de materiales y el reciclaje.

- Propuestas bien diseñadas de control de precios y de racionamiento en circunstancias especiales, como una sequía.
- Creación de organismos de control económico con presencia sustancial de las organizaciones sociales (diferentes a las actuales donde tienen un peso desmesurado los que en teoría deben ser regulados).

Hay muchos temas a proponer, es necesaria mucha experimentación. Pero lo que es urgente es desarrollar un proceso que cuestione la narrativa y las prácticas que nos tienen encadenados a la economía del sobresalto permanente.

**Asier Arias**

## Las horas bajas del realismo

El realismo está de capa caída. Basta para constatarlo con echar un vistazo al tratamiento mediático de dos asuntos menores: la devastación de la biosfera y la carrera de rearme con la que emulamos hoy la deriva que desembocó en la Primera Guerra Mundial. Daré un par de pinceladas sobre cada uno de esos extremos, pero dedicaré más espacio al segundo.<sup>[1]</sup>

El método tras esas pinceladas puede describirse de forma muy sucinta: destilar lo esencial de la doctrina incuestionada tomando apoyo en un puñado de columnas seleccionadas al azar en la hemeroteca del periódico más leído del país (referencias en cursiva). El tono y el contenido de esas columnas son milimétricamente representativos de los habituales en nuestra prensa escrita —dada su trivialidad, pude confiarle a una moneda la tarea de escoger una muestra representativa.

Hablaré de «comisarios doctrinales» para referirme a las personas que cumplen la función social de preservar la doctrina. No ocultaré que sus resonancias totalitarias han contribuido a que me decida por esta locución, pero también lo ha hecho la mera etimología —el comisario es aquel que tiene un cometido: en el caso del comisario doctrinal, el de preservar la doctrina.

### Realismo militar

En el contexto de la carrera del rearme, la doctrina incuestionada puede caricaturizarse en dos palabras. Occidente se enfrenta una vez más a los malos y ha de derrotarlos militarmente. Fuera de la vía militar sólo hay palabras bonitas pero inoperantes: neto irrealismo.

Tal y como nos lo pinta el monólogo mediático, el realismo equivale aquí, en último término, a la actitud de quienes han conseguido entender como más hacendera una confortable guerra terminal que un engorroso guirigay diplomático. De hecho, un comisario atento no debiera dejar escapar ocasión de censurar el «vacuo oportunismo, insincero e interesado» (*Aramburu, 2023*), del irrealismo diplomático. Así, ante el irrealismo mágico latinoamericano (*Pimentel, 2023*), ha de preguntar: «¿Qué resultado cabe esperar de meras iniciativas verbales de paz no acompañadas de apoyo armado y sanciones? La respuesta es muy sencilla, y no es paz» (*Rizzi, 2023a*).

El satánico irrealismo de los chinos no hace falta ni mencionarlo: a diferencia del pacífico respeto atlántico por la soberanía nacional y los derechos humanos, esa agresiva «nación imperial» de «obedientes siervos y esclavos encadenados» urde maléfica e «inevitables planes expansivos» (*Bassets, 2022a*), de los que no debiera caber duda alguna en vista de sus cientos de bases militares distribuidas por todo el planeta y su largo historial de injerencias, golpes de Estado e intervenciones militares.<sup>[2]</sup> Podemos, pues, obviar los doce puntos de los chinos —y aprovechar la ocasión para tantear la disponibilidad de amigos y aliados para sancionarles por sus obvias intenciones de contribuir a la escalada bélica—, porque sencillamente no hacen pie en la realidad —a diferencia de las diez demandas atlánticas, que condicionan el inicio de cualquier negociación a la declaración de la derrota rusa y la retirada de Crimea—, pero también porque reflejan una «postura propagandística» que «justifica implícitamente la invasión» y sólo podría dar lugar a «unas negociaciones de paz prematuras que irían en detrimento de la soberanía ucrania» (*Spoehr, 2023*

).[3]

La diplomacia china no sólo atenta contra la sana sindéresis realista y los principios fundamentales de la doctrina incuestionada, sino que constituye de hecho un grave peligro: el de que se «afiance» inexorablemente su «modelo» (*Fuentes, 2023*). No hay que afinar mucho el oído para escuchar en estas muestras de pavor ante la inminencia de una «era de propaganda y dominio [global] totalitarios» (*Bassets, 2023a*) ecos de la «conspiración monolítica e implacable» que acechó desde cada rincón del planeta al pobre JFK —y, con él, a todo el mundo civilizado— desde su primer día en la Casa Blanca (Kennedy, 1961; v. et. Chomsky, 1993).

Huelga anotar que tampoco es nada realista debatir los motivos del bloqueo atlántico de la vía diplomática (Scheidler, 2023), ni hacer cuestión de insignificantes sabotajes de infraestructuras (Scahill, 2023; Maté, 2023; Hedges, 2023). Lo realista es rearmarse, y aunque el gasto en defensa se haya mantenido durante la última década estable, con tendencia al alza —tanto en términos absolutos como en relación con el PIB, tanto en la UE como en la OTAN—, lo que ha sucedido en realidad —en la realidad del realista— debe describirse como un «imprudente desarme» que ha dejado al Occidente civilizado a merced de los hunos (*Gray, 2022*).

El estatus de la historia como disciplina irrealista resulta igualmente incontrovertible, de forma que conviene evitar ponerle marco al conflicto que se prolonga desde 2014 en la frontera entre los buenos y los malos (cf. Poch, 2022; Arias, 2022b). Lo realista es el rearme, pero también el maniqueísmo, y de ahí que nunca esté de más jalearse a los buenos —ensalzando, por ejemplo, las imparables «reformas democráticas» (*Bassets, 2022b*) del «protectorado estadounidense» (De Sousa Santos, 2023) que echa ahora mano del manual de la doctrina del shock para vulnerar libertades políticas, lesionar derechos laborales y obviar la voluntad popular acatando las órdenes de desregulación y privatización dictadas por los jefes.[4]

Lo realista, en fin, es apostar por la derrota militar sin paliativos ni sobresaltos de la primera potencia nuclear: una potencia nuclear con una fuerza militar que debe hacernos temblar hoy, pues es «tan abrumadora que pronto podría tratar de conquistar Europa occidental», y mañana reír, pues es «tan frágil e incompetente que no puede conquistar ciudades ubicadas a unos pocos kilómetros de su frontera» (Polychroniou, 2022).

Hemos de apostar por una derrota militar sin paliativos ni temor alguno a la escalada, entre otras cosas porque sólo *nos* enfrentamos —«estamos librando una guerra contra Rusia», nos explica la ministra alemana de Exteriores (Poch, 2023)— a «una superpotencia autoritaria y dirigida por una personalidad errática y paranoide» (*Bassets, 2022c*), lo cual resulta muy tranquilizador. «Hay que descartar el miedo al apocalipsis» y, «sobre todo, hay que perder el miedo al miedo», porque «los rusos son unos bocazas» (*Bassets, 2023b*). En otras palabras, «no me pidas que justifique mis vaporosas intuiciones, pero me da que es improbable que la cuerda se rompa, de forma que lo suyo será tensarla cuanto podamos» (cf. Jay, 2023a; 2023b).

Pero hay también que apostar por una derrota militar sin paliativos porque para eso se concibió el Fondo Europeo para la Paz, y asimismo la neolengua: para eso y para los F-16 que habrán de ofrecer cobertura a los Leopard y los Abrams, los misiles de largo alcance que habrán de hacer lo propio con los F-16 y las armas nucleares tácticas que pronto habrán de sazonar la receta mientras continuamos obviando el irrealismo diplomático que exhiben las tercas mayorías europeas (cf., v. g., Euroskopia, 2023) —da igual que el militar estadounidense de mayor rango

admira que esta guerra no puede ganarse en el tablero militar, por muchas toneladas de chatarra que se arrojen sobre él (Department of Defense, 2023): nuestros comisarios doctrinales saben de buena tinta que la próxima tonelada «cambiará sin duda el balance sobre el terreno» (Rizzi, 2023b).

Aquello de las mayorías, por otra parte, poco o nada tiene que ver con la concepción de la democracia de nuestros comisarios. Aun cuando han sido justamente los alemanes quienes han exhibido de forma consistente un mayor irrealismo diplomático, forzar la renuncia alemana a su pacifismo constitucional debe contemplarse como un gran logro democrático: de hecho, uno cuyo fondo y forma no pueden soñar con imitar nuestros tiránicos enemigos (Bassets, 2023c). Aunque «Alemania ha cometido graves errores en lo que va de siglo, [ahora] ha dado un salto enorme [adelante] desde sus posiciones pacifistas» (Rizzi, 2023c): celebrémoslo.

Contra la propaganda interesada e irrealista, el sentido común sugiere que, «si queremos salvaguardar el proyecto europeo, la contención más eficaz de la escalada del conflicto es apoyar, con todos los medios y sin perder tiempo, la resistencia armada» (Claudín, 2023). El sentido común indica también que los demonios rusos no quieren saber nada de diplomacia, como demostraría el naufragio de las negociaciones de marzo de 2022. No obstante, olvida el sentido común anotar que fueron las pacíficas democracias atlánticas las que dieron una sonora patada a aquella mesa (Scheidler, 2023), pero también a la posibilidad de establecer alguna en los meses sucesivos (Echols, 2022), y asimismo en los anteriores a la invasión (Scahill, 2022), tal y como reconoce abiertamente el jefe atlántico (Barsamian y Chomsky, 2022).

Las decenas de miles de civiles sepultados bajo los escombros de la segunda guerra chechena no pusieron en riesgo el «proyecto europeo». Entonces bastaron los adormilados llamamientos a la diplomacia y las meras iniciativas verbales de paz. El mundo ha cambiado mucho desde entonces, al parecer, y oponerse hoy a la invasión de Irak equivaldría a apoyar el plan de Sadam Huseín para dominar el mundo. Cosa de blandos y soñadores.

Con motivo del vigésimo aniversario de la invasión de Irak, Olga Rodríguez compartía una reflexión de Dan Rather: «Si desde el periodismo hubiéramos hecho nuestro trabajo, creo que se podría argumentar con fuerza que tal vez Estados Unidos no habría ido a la guerra» (Rodríguez, 2023).<sup>[5]</sup> Quizá tengan nuestros comisarios alguna lección que extraer, ahora que afilan nuevamente sus invectivas contra el irrealismo pacifista y cantan una vez más con entusiasmo las alabanzas de la diplomacia del caos.

El tono del insistente monólogo mediático entre halcones hace difícil imaginar un debate racional en torno a esta espada de Damocles (Kinzer, 2023): ojalá la prudencia aristotélica de gentes más sabias que nosotros (Sánchez-Cuenca, 2023) termine mostrándonos los estrechos límites de nuestra imaginación. Sea como fuere, no ha habido un momento en el que sobren más motivos para instigar antes la rápida constitución de un movimiento pacifista internacional que la leña al fuego del vertedero moral militarista —y ya por pedir, que sea ése un movimiento decididamente internacionalista.

*Marginalia:* el pacifismo no hace a nadie enemigo del pueblo ucraniano, y mucho menos amigo de jingoístas fanáticos entregados a la protección securócrata de sus oligarcas en una medida que nada tiene que envidiar a nuestra democrática protección de los nuestros.

En la época en la que nos veremos forzados a dejar de fingir la infinitud de nuestros recursos energéticos y materiales, ¿cuántos resultará moral robar al Sur, sometiendo a «una subclase global» a «un trabajo agotador en condiciones infrahumanas» (Loffredo, 2023) en el sector minero, del que, sobre el papel, depende la prolongación de los privilegios de las crecientes élites y las menguantes clases medias globales? ¿Cuántos arrancarle al futuro para arrojarlos por el desagüe militar? ¿Podrá emplear anualmente la tercera generación del siglo XXII —si llega a haber tal cosa— una fracción apreciable de los materiales y energía que hoy deslizamos diariamente por ese desagüe?

## **Realismo eléctrico**

En el ámbito del discurso mediático en torno a de la devastación de la biosfera, la doctrina incuestionada reza así: todos estamos muy preocupados por el «medio ambiente», y también muy concienciados; de ahí que nos propongamos cambiarlo todo para que nada cambie —ni las estructuras ni las dinámicas de la propiedad, la producción, la distribución, el consumo o la movilidad: sólo fósiles por renovables.

Tampoco aquí atraviesa un buen momento el realismo. Quizá el mayor de sus desdoras venga en este punto de la mano de la reducción de la devastación de la biosfera a una mera cuestión de «transiciones energéticas»: «Tenemos un problemilla con la atmósfera y los combustibles fósiles, pero se evaporará tan pronto como fabriquemos los suficientes coches eléctricos e instalemos los suficientes paneles solares». Ojalá existiera una sola idea más alejada de la realidad que ésta. Tenemos, en efecto, un problema con la atmósfera y con los combustibles fósiles, pero ni es nuestro único problema ni puede resolverse de ese modo.

La devastación de la biosfera es un entramado de problemas que excede con mucho el cambio climático y la transición energética: de la biodiversidad al agua, del ciclo del nitrógeno al del fósforo, estamos insertos en una trama de sistemas complejos con interacciones mutuas de una naturaleza que en buena medida desconocemos, a unas escalas que se nos escapan, con comportamientos no lineales impredecibles y con valores ubicados ya, para cada uno de los casos mencionados, más allá del «espacio operativo global seguro para la humanidad» (Wang-Erlandsson *et al.*, 2022).

No es poco, pues, lo que dejamos de lado cuando discutimos sobre la devastación de la biosfera en los términos habituales: como si se tratara de un problemilla con la atmósfera y los combustibles fósiles. Sin embargo, y aunque no sea el único que debiéramos tratar de espolear, el debate en torno a la «transición energética» es sin duda crucial. En la medida en que se encuentra ya instalado en los medios de masas, el mismo orbita en torno a las diversas modulaciones del realismo eléctrico: «Para luchar contra el cambio climático no hay más que sustituir fósiles por renovables instalando infraestructuras no renovables para la generación de electricidad».<sup>[6]</sup>

No discutiré aquí los puntos débiles del realismo eléctrico (cf. Turiel, 2020; 2022; Valero, Valero y Calvo, 2021; v. et. Arias, 2022a; 2022c): me limitaré a recalcar que el debate debiera inundar cuanto antes la arena política. Tal y como sostenían recientemente Juan Bordera, Antonio Turiel, Irene Calvé Saborit y Alejandro Pedregal, una asamblea ciudadana podría constituir un excelente medio al efecto (Bordera *et al.*, 2023). Sobra en cualquier caso indicar que no necesita la



sociedad civil escuchar ningún pistoletazo de salida, como patentizaba ejemplarmente este mes de marzo un nutrido grupo de organizaciones navarras (VV. AA., 2023).

Ante el murmullo de fondo del debate en ciernes, la prensa seria abre renqueantes espacios marginales para la reflexión, sin dejar pasar ocasión de denigrar el buen desempeño de los movimientos contra la instalación indiscriminada de macroproyectos «renovables» como «un riesgo a la misma altura del negacionismo climático directo» —palabras de Pedro Fresco desde su rincón en un artículo de campaña: «Si estos movimientos tienen tanta tracción es precisamente porque no estamos sabiendo explicar por qué esto es tan importante para todos; no para las empresas, sino para toda la sociedad», añadía en un elocuente escolio (*Planelles, Fariza y Grasso, 2023*).<sup>[7]</sup>

En este planeta hay la cantidad que hay de minerales y combustibles fósiles. Podemos degradarlos en su práctica totalidad en el Norte, pero podemos considerar también la posibilidad de abandonar la vía del expolio colonial. Podemos degradarlos en un par de generaciones, pero podemos considerar también la posibilidad de abrir la puerta a la tercera generación del siglo XXII. Estas frasecillas no son más que destellos de los muchos detalles que habrían de desgranarse en ese espacio para un debate racional y respetuoso (Turiel *et al.*, 2023) en el que, junto a la voz del realista eléctrico, pudiera escucharse asimismo la de quienes entendemos que «la mera adición desordenada de aerogeneradores y placas fotovoltaicas a nuestro sistema eléctrico no es una transición ecológica», y que «cualquier supuesta transición energética que no apunte en primer lugar, en el Norte global, hacia formas de vida buena con fuerte decrecimiento en el consumo de energía y materiales no es una transición ecológica» (Riechmann, 2023).<sup>[8]</sup>

## Referencias

- Amnistía Internacional (2023) *Informe 2022/23. La situación de los derechos humanos en el mundo*. Londres: Amnistía Internacional.
- Aramburu, F. (2023) «Tú y tú, a dialogar», *El País*, 28 de marzo.
- Arias, A. (2020) *La batalla por las ideas tras la pandemia. Crítica del liberalismo verde*. Madrid: Catarata.
- Arias, A. (2022a) «Tirar del freno de emergencia: notas preliminares sobre el colapso», *mientras tanto*, 213.
- Arias, A. (2022b) «Autoadulación y psicopatología especulativa ante el abismo nuclear», *mientras tanto*, 217.
- Arias, A. (2022c) «El capitalismo verde ante la desintegración de la globalización neoliberal», *mientras tanto*, 215.
- Barsamian, D. y Chomsky, N. (2022) «Welcome to a science-fiction planet», *TomDispatch*, 16 de junio.
- Bassets, L. (2022a) «Rusia y China, dos imperialismos vergonzantes», *El País*, 9 de octubre.

- Bassets, L. (2022b) «Plegaria para el nuevo año», *El País*, 31 de diciembre.
- Bassets, L. (2022c) «Como Hitler con el arma nuclear», *El País*, 27 de febrero.
- Bassets, L. (2023a) «Pekín, capital mundial», *El País*, 26 de marzo.
- Bassets, L. (2023b) «Un diálogo sobre el apocalipsis nuclear», *El País*, 22 de enero.
- Bassets, L. (2023c) «Más que tanques», *El País*, 26 de enero.
- Bassets, L. (2023d) «Ganar la guerra sin librarla», *El País*, 23 de marzo.
- Beltrán, E. (2022) «Amnistía Internacional y Ucrania: ¿cuánto importa la verdad?», *Amnistía Internacional*, 12 de agosto.
- Bordera, J. et al. (2023) «Entre la imposición y la democracia, su majestad escoja», *Ctxt*, 9 de marzo.
- Chomsky, N. (1993) *Repensando Camelot. John F. Kennedy, la guerra de Vietnam y la cultura política de EE. UU.* Madrid: Prodhufi, 1994.
- Claudín, C. (2023) «Ucrania, la derrota de Putin», *El País*, 24 de febrero.
- De Sousa Santos, B. (2023) «El silencio de los intelectuales», *Público*, 1 de marzo.
- Department of Defense (2023) «Secretary of Defense Lloyd J. Austin III and General Mark A. Milley press conference following Ukraine Defense Contact Group Meeting, Ramstein Air Base, Germany», *U.S. Department of Defense*, 20 de enero.
- Echols, C. (2022) «Did Boris Johnson help stop a peace deal in Ukraine?», *Responsible Statecraft*, 2 de septiembre.
- Euroskopia (2023) «Half of Spain wants the war to end soon, even if Ukraine loses territories», *Euroskopia*, 17 de enero.
- Fuentes, A. (2023) «¿Sirve la diplomacia de dictaduras?», *El País*, 24 de marzo.
- Garriga, M. (2023) «Code Pink calls out Blinken for being a war hawk during Senate hearing», *Code Pink*, 22 de marzo.
- Gray, J. (2022) «La mente occidental no ha sabido descifrar a Putin», *El País*, 20 de marzo.
- Hedges, C. (2023) «How America destroyed the Nord Stream pipelines, with Seymour Hersh», *The Real News Network*, 17 de marzo.
- Jay, P. (2023a) «Chomsky and Ellsberg on the present danger», *The Analysis News*, 13 de marzo.
- Jay, P. (2023b) «Take arms against a sea of troubles», *The Analysis News*, 20 de marzo.

- Kennedy, J. F. (1961) «The president and the press», *American Newspaper Publishers Association*, 27 de abril.
- Kinzer, S. (2023) «Putin y Zelenski: pecadores y santos que encajan en nuestro relato histórico», *Ctxt*, 2 de marzo.
- Lizoain, D. (2022) «La guerra larga», *El País*, 15 de octubre.
- Loffredo, J. (2023) «US Africa Leaders Summit promises more exploitation for Africa, record profits for US mining firms», *The Grayzone*, 23 de enero.
- Maté, A. (2023) «Las autoridades estadounidenses utilizan medios de comunicación subsidiarios para culpar a una Ucrania subsidiaria», *Ctxt*, 10 de marzo.
- Medina, M. A. (2021) «180 asociaciones ecologistas y sociales protestan en Madrid contra los megaproyectos de renovables en zonas rurales», *El País*, 16 de octubre.
- Münchau, W. (2021) «Cambio climático: lo que será necesario hacer», *El País*, 19 de julio.
- Pimentel, Z. (2023) «Brasil se niega a participar de la guerra», *Ctxt*, 9 de marzo.
- Planelles, M. Fariza, I. y Grasso, D. (2023) «La explosión sin precedentes de las renovables: más de 1.400 proyectos en camino», *El País*, 12 de marzo.
- Poch, R. (2023) «Ellos lo cuentan así», *Ctxt*, 1 de marzo.
- Poch, R. (2022) *La invasión de Ucrania*. Madrid: Contexto.
- Polychroniou, C. J. (2022) «Noam Chomsky, sobre la guerra en Ucrania: ‘EEUU no quiere una salida diplomática en el país’», *Público*, 18 de mayo.
- Riechmann, J. (2023) «Sobre transiciones energéticas y transiciones ecológicas», *Viento Sur*, 24 de febrero.
- Rizzi, A. (2023a) «Los ‘Guerra y Paz’ de Xi y de Lula tienen un problema», *El País*, 23 de febrero.
- Rizzi, A. (2023b) «Tanques occidentales a Kiev: un mensaje demoledor para el Kremlin», *El País*, 25 de enero.
- Rizzi, A. (2023c) «Mirar a través del ondear de las banderas», *El País*, 4 de marzo.
- Rodríguez, O. (2023) «Las lecciones de la guerra de Irak y el periodismo», *Eldiario.es*, 17 de marzo.
- Sahuquillo, M. R. (2023) «La UE desembarca en Pekín para comprobar las intenciones de China sobre la guerra en Ucrania», *El País*, 24 de marzo.
- Sánchez-Cuenca, I. (2023) «Argumentos en guerra», *Ctxt*, 6 de marzo.

Savater, F. (2022) «Negacionista», *El País*, 10 de septiembre.

Scahill, J. (2022) «Noam Chomsky and Jeremy Scahill on the Russia-Ukraine war, the media, propaganda, and accountability», *The Intercept*, 14 de abril.

Scahill, J. (2023) «Conflicting reports thicken Nord Stream bombing plot», *The Intercept*, 10 de marzo.

Scheidler, F. (2023) «Ambas partes deseaban fervientemente un alto el fuego», *Ctxt*, 21 de febrero.

Spoehr, K. (2023) «El insidioso intento de China de influir decisivamente en el futuro de Europa», *El País*, 28 de marzo.

Turiel, A. (2020) *Petrocalipsis. La crisis energética y cómo (no) la vamos a solucionar*. Madrid: Alfabeto.

Turiel, A. (2022) *Sin energía. Pequeña guía para el Gran Descenso*. Madrid: Alfabeto.

Turiel, A. et al. (2023) «Renovables, aquí y ahora: tenemos que hablar», *Ctxt*, 22 de marzo.

Valero, A., Valero, A. y Calvo, G. (2021) *Thanatia. Límites materiales de la transición energética*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

VV. AA. (2023) «Manifiesto: la energía justa», [laenergijusta.org](http://laenergijusta.org).

Wang-Erlandsson, L. et al. (2022) «A planetary boundary for green water», *Nature Reviews Earth & Environment*, 3, pp. 380-392.

Zornoza, M. G. (2023) «La UE despliega un torrente diplomático con China: tras Sánchez irán también Von der Leyen, Borrell o Macron», *Público*, 24 de marzo.

## Notas

1. Podría justificar esta asimetría arguyendo que he abordado ya con algún detalle la cuestión de nuestra cultura medioambiental ortodoxa (Arias, 2020), pero lo cierto es que el factor que inclina esta pequeña balanza reside en que dudo que cueste argumentar convincentemente que el militarismo rampante hace palidecer todo lo demás: no hay ningún camino que quepa recorrer de la mano del militarismo y que vaya a parar en la sostenibilidad, pero tampoco en ningún otro destino deseable. ?
2. El jefe atlántico escenificaba este mes de marzo la buena salud de AUKUS al tiempo que desplegaba la mayor maniobra militar conjunta hasta la fecha en la península de Corea. Con todo, no diré nada aquí acerca del plato fuerte en Asia-Pacífico de la Nueva Guerra Fría, que viene cociéndose a un fuego cada vez menos lento desde el «pivote» de Obama (cf. Arias, 2022a). ?
3. Tras un mes combinando la indiferencia con el rechazo a la propuesta diplomática china, en la UE se anuncian riadas de visitas diplomáticas a Pekín. Quizá por casualidad, el anuncio sucede inmediatamente a las declaraciones rusas expresando su disposición a entablar

negociaciones sobre la base de los doce puntos. Adelantándose a los acontecimientos, nuestros comisarios advierten a la UE que hará bien en dejar a un lado su connatural candor para evitar dejarse «cortear con una ofensiva de encanto diplomático» y, sobre todo, en escuchar atenta al jefe, que siempre tiene la razón (*Sahuquillo, 2023*). Será Sánchez quien abra esta ronda de conversaciones, y llegará, claro, antecedido por el mensaje: «Ni Madrid ni Bruselas creen que el plan de paz de 12 puntos [...] pueda considerarse una propuesta seria y equilibrada; reconocen que tiene partes muy interesantes, como la llamada a la distensión nuclear o las referencias a la protección de la soberanía territorial ucraniana, pero no compran otros puntos —*que no concretan*» (*Zornoza, 2023*). Nadie ha expresado aquí lo obvio con mayor precisión que Medea Benjamin: «Si no te gusta la propuesta de paz china, ¿dónde está la tuya?» (*Garriga, 2023*).

?

4. La reacción en el mundo atlántico al comunicado de prensa de Amnistía Internacional del 4 de agosto de 2022 —en el que se denunciaban violaciones del derecho internacional humanitario por parte del ejército ucraniano— probablemente haya establecido la actual plusmarca del maniqueísmo histérico (cf. *Beltrán, 2022*). Resulta interesante contrastar la explícita y contundente denuncia por parte Amnistía Internacional —en su último informe sobre la situación de los derechos humanos en el mundo— del «doble rasero de Occidente» en su respuesta a la invasión de Ucrania con las opiniones y actitudes de nuestros comisarios (cf. *Amnistía Internacional, 2023: pref., 55*). ?
5. Veinte años después, nuestros comisarios siguen explicándonos que «Estados Unidos quiso derrocar a Sadam Huseín en venganza por el desafío terrorista del 11-S y democratizar Oriente Próximo por las armas» (*Bassets, 2023d*). A esta brillante lección de historia se suma otra: la invasión rusa de Ucrania habría obedecido a motivos análogos a los de la de Irak —mostrar músculo, la venganza: en el caso ruso, «por la desaparición de la Unión Soviética» (sic)—, pero cada una de ellas habría tenido bases morales radicalmente distintas. «Acotadas, dubitativas, abiertas incluso a la enmienda, en el caso de una superpotencia liberal donde el poder está repartido gracias al Estado de derecho. Monstruosas, despiadadas, cínicas, allí donde está concentrado y pervertido por la verticalidad del despotismo». El *Pravda* tendía a ser más comedido en esto de las laudatorias desprovistas de base factual alguna. ?
6. Desde luego, existen vínculos directos entre el realismo militar y el eléctrico. Así, se nos explica, la guerra de Ucrania habría venido a constituir una excelente oportunidad para que la UE prolongue su incontenible senda de descarbonización y electrificación (*Lizoain, 2022*). La idea es bonita, pero la realidad es que —incluso dejando fuera de la ecuación los consumos derivados de la producción y transporte de nuestras importaciones— la proporción de electricidad en el consumo energético global de la UE no ha variado sustancialmente en los últimos treinta años, como tampoco lo ha hecho la de combustibles fósiles. Con todo, es cierto que la guerra trajo consigo un cambio importante en la generación de electricidad en Europa: en concreto, un significativo aumento del uso de carbón, único combustible fósil cuyo aprovechamiento venía efectivamente cayendo en la UE. En cuanto al consumo global de energía en la UE, el principal resultado de la guerra ha sido un importante incremento de las importaciones de gas obtenido y transportado de un modo mucho más sucio e ineficiente —durante el periodo indicado, la proporción del gas en el consumo de energía final de la UE apenas varió, pasando de un 19% a un 22% del total. Nuestro problema con todo esto del cambio climático —apuntaban ya antes de la invasión nuestros comisarios, incidiendo en los señalados vínculos entre la «transición ecológica» y

nuestra cruzada contra los malos— consiste en que somos, a la vez, demasiado estrictos en materia de derechos humanos —como sabe todo el mundo en Marruecos, Arabia Saudí, Egipto, Israel y otros epicentros aliados del humanitarismo occidental— y demasiado permisivos *con los malos* —con los chinos y los rusos— en materia medioambiental. Debemos invertir este esquema aunque sólo sea por un tiempo, porque si esto del cambio climático se nos fuera por algún aciago albur de las manos, las diligentes democracias capitalistas no podríamos continuar con nuestra tenaz e ininterrumpida campaña de auspicio de los derechos humanos a todo lo largo y ancho del globo (*Münchau, 2021*). El *Pravda* solía a ser considerablemente más comedido en esto de la autoadulación en presencia de montañas de evidencia disconfirmatoria. [?](#)

7. Los artículos de campaña comenzaron en el mismo momento en que se hizo imposible obviar esos movimientos, con una cobertura que logró transformar sus demandas en poco más que meros lamentos NIMBY derivados de potenciales impactos paisajísticos (cf., v. g., *Medina, 2021*). [?](#)
8. Traducido al léxico de los más desinhibidos entre nuestros comisarios, meras «prédicas de fanáticos apocalípticos anti-ilustrados» (*Savater, 2021*). [?](#)

**Albert Recio Andreu**

## **Los dilemas de Sumar**

### I

Comparto con mucha gente el deseo de que la operación Sumar salga bien. De ello depende, en gran parte, que podamos seguir obteniendo algunos avances sociales y se disipe la amenaza de un gobierno ultraderechista. Hay en el ambiente un cierto optimismo en el que se mezclan los deseos y, sobre todo, la figura de Yolanda Díaz. Estamos en tiempos de personalismos y saturación de imágenes, y las figuras importan. Quizá siempre ocurrió así; el culto al líder carismático viene de lejos.

La consolidación de Sumar podría tener, además, un efecto a largo plazo. El de posibilitar un espacio en el que confluyan un amplio magma de gente de izquierdas, en el que construir proyectos que van más allá del mero espacio electoral. Pero esta es una idea que se ha intentado desarrollar otras veces y que nunca ha cuajado del todo. Las dificultades son de distinto tipo. Como siempre, se mezclan cosas diversas, desde el papel que juegan algunos líderes hasta las propias constricciones estructurales que tiene que afrontar toda organización de izquierdas, sea un partido político o cualquier organización social. Como este es un tema complicado, me centraré sólo en las cuestiones iniciales, en los problemas que se plantean en los próximos meses. Que es donde nos jugamos gran parte de las posibilidades de supervivencia.

### II

La cuestión más inmediata tiene que ver con Podemos. Una cuestión envenenada, tanto por el posicionamiento de Pablo Iglesias y sus colaboradores más cercanos, como por la propia historia de la formación. Nadie duda que la irrupción de Podemos, recogiendo el rebufo del 15-M, contribuyó poderosamente a cambiar el mortecino espacio en el que estaba Izquierda Unida. Se generaron unas expectativas que, sobre todo, se plasmaron en el éxito en las municipales de 2015. En ellas fue crucial la formación de candidaturas unitarias en las que se integró en muchos lugares Izquierda Unida y grupos locales. Aunque los buenos resultados siguieron en las generales, la trayectoria en cuanto a voto fue declinante, a medida que se hizo evidente que la nueva fuerza no sería capaz de generar el cambio milagroso con el que soñaba más de un votante.

El declive electoral ha corrido paralelo a los avatares de la propia organización. De un proyecto ilusionante se pasó a una continua pelea interna que se tradujo en rupturas y deserciones en masa. Gran parte del problema estaba en la forma en la que se concibió el proyecto y cómo se estructuró. Podemos se creó fundamentalmente como un club de fans generado a través de los medios de comunicación, y aprovechando la oleada de entusiasmo del período posterior al 15-M. Recibió un aluvión de personal en el que se encontraba gente variopinta: rebotados de muchas experiencias anteriores, personal que se había politizado recientemente, grupos de izquierda con su propio proyecto siempre dispuestos a capitalizar lo nuevo, rebotados del PSOE... Cada cual con sus ilusiones, sus obsesiones. La ausencia de una estructura dura facilitaba el crecimiento, pero al mismo tiempo no ayudaba a generar una cultura política seria, de compromiso, de trabajo sostenido de diálogo. La predilección por sistemas de votación telemática, al que bastante

aficionada es la nueva izquierda, dudosamente ayuda a generar un mínimo de deliberación política y de diálogo organizado. Todo esto estalló pronto cuando las disensiones entre los líderes fueron creciendo y se puso de manifiesto la ausencia de un proyecto pensado para gestionarlas. El uso de las votaciones masivas como forma de dirimir las diferencias sirvió más para agudizarlas que para resolverlas. Pasado el clima de entusiasmo, y en un ambiente de mal rollo, la mayoría de gente volvió a su “normalidad”, y la organización como tal no ha dejado de debilitarse. En Catalunya, la irrupción del *procés* fue letal en una organización a la que habían acudido gentes diversas que, al ser interpeladas por una cuestión tan disruptiva, estallaron. No tengo un mapa global, pero intuyo que Podemos, en muchas partes, es una organización declinante.

Que Podemos sea una organización en declive no implica, sin embargo, que su no integración en Sumar no pueda ser letal. Por el clima de división que propicia, y por los votos que se pueden perder. Viendo lo que ocurrió en bastantes poblaciones en las municipales de 2019 (incluido Madrid), es fácil concluir que la división puede trastocar el proyecto. Seguramente, todo el mundo ha cometido errores en el proceso, pero la responsabilidad principal la tiene Pablo Iglesias. Poner como condición inexcusable la celebración de primarias abiertas sólo puede tener dos explicaciones: o se trata simplemente de una añagaza para justificar su posición, o piensa realmente que es el mecanismo que permitiría a su grupo recuperar el poder en la formación, sobre la base de una movilización de votantes a través de los medios de comunicación que controla. Se trataría, en este sentido, del mismo mecanismo de club de fans que funcionó en la fase de auge de los morados. Una fórmula que dio lugar a procesos tan bochornosos como la votación sobre la vivienda que se querían comprar el líder y la lideresa. No sé qué margen existe para negociar una salida airosa para todas las partes (ni si por debajo se mueven hilos que somos incapaces de desentrañar), pero todo el mundo que pueda debe ser capaz de forzar una salida a este problema.

### III

Si se salva este escollo, queda el resto; la cuestión programática, el encaje político. Hasta ahora, Sumar no ha generado un debate de base. Básicamente, el proyecto se ha diseñado a partir de grupos de expertos a los que se les ha encomendado elaborar una propuesta para cada una de las áreas en las que se definió el proyecto. Los grupos han sido bastante amplios, pero se han creado a partir de la iniciativa del coordinador de cada grupo. He sido invitado a participar en dos de ellos; el clima ha sido bueno, pero he podido constatar que en cada grupo ha predominado el punto de vista de los profesionales que lo integraban. Y, a menudo, las visiones de cada ámbito suelen ser tan diferenciadas —o más— que las que existen entre grupos políticos. Diría que lo que predomina es un proyecto socialdemócrata avanzado (esto mismo es lo que expresa Yolanda Díaz en sus actos) y en el que los problemas pueden surgir principalmente en relación con la consideración de la crisis ecológica. Nada nuevo, porque esta es realmente una cuestión que rompe con muchas de las visiones de la izquierda, y fuerza a una revisión bastante general de los proyectos para la que mucha gente no está preparada.



La cuestión no parece crucial si se trata de presentar una opción electoral. Si opera el mismo sentido común y ganas de acuerdo que en las comisiones, es fácil que se alcance un consenso. En este sentido, esto parece lo más fácil, siempre que se logre resolver el problema con Podemos.

Lo que resulta más problemático es lo que puede ocurrir después de las elecciones. En el mejor de los casos, y si las elecciones van bien, se podría obtener un resultado que permitiera un Gobierno de coalición. Si van mal, la experiencia muestra que las derrotas casi siempre generan una dinámica enrarecida que suele traducirse en disensiones. Por eso, en el trabajo previo deberían visualizarse los distintos escenarios si lo que se quiere construir es un proyecto estratégico que vaya más allá de una coalición electoral. Pero situémonos en la situación optimista. Quedarían aún muchas incógnitas de cómo consolidar el proyecto, qué tipo de prioridades se plantean, qué es negociable. Y, sobre todo, cómo una amalgama se transforma en un proyecto transformador, que sea capaz de tener en cuenta tanto la acción institucional como la acción en la sociedad.

Hasta ahora, el proceso de escucha ha sido, más bien, de escucha de algunas élites de la izquierda (aunque estas sean gente modesta y con poco poder). Pero para consolidar un proceso hace falta bastante más. Y también, en este sentido, la experiencia de Podemos y de todos los proyectos fracasados de la izquierda deberían servir para evitar, al menos, algunos de los errores en los que uno y otra vez caemos.

Juan-Ramón Capella

## Penar hasta morir por un poema

Osip Mandelstam compuso un poema sobre Stalin. He aquí una traducción, que obviamente prescinde de la musicalidad rítmica que tiene el poema en ruso. La musicalidad es esencial en la poesía rusa:

Vivimos sin sentir la tierra bajo nuestros pies,

Nuestras voces, a diez pasos ni se oyen.

Y cuando nos atrevemos a hablar con medias palabras,

Al montañés del Kremlin siempre evocamos.

Sus gruesos dedos son grasientos gusanos,

Y sus seguras palabras, pesados pesos.

De su mostacho se ríen las cucarachas,

Y relucen las cañas de sus botas.

Una taifa de pescuezudos jefes le rodea.

Con esos hombrecillos juega a hacer favores:

Uno silba, otro maúlla, un tercero gime.

Y solo él parlotea, y a todos a golpes

Un decreto tras otro como herraduras clava

En la ingle, en la frente, en la ceja, en el ojo.

Y cada ejecución es una dicha

Para el ancho pecho del oseta.

He escrito que Mandelstam compuso este poema: lo compuso, pero no lo escribió. Lo mantenía en su cabeza, y lo recitó solamente una vez en una reunión de amigos.

Cuando le detuvieron, su esposa recurrió a Bujarin, que por entonces ya era tan solo director de *Pravda*. Y Bujarin acudió al ministro del interior a interesarse por Mandelstam. —Pero ¿no sabes lo que ha hecho? —le preguntó el ministro. Bujarin no lo sabía. Entonces, amablemente, el

ministro del interior le recitó, de memoria, el poema.

Mandelstam fue condenado a trabajos forzados y le enviaron a Kolimá, el peor sitio del gulag si es que alguno era el peor. Allí murió hacia 1938; de frío, según Shalámov, que lo vio (otro coloso de la literatura rusa también condenado allí).

Esta historia debería bastar para comprender en qué infierno había dado la Revolución de Octubre. Para entender que la contrarrevolución nacionalista gran rusa de Stalin solo usó los ideales socialistas como retórica para encubrir una acumulación industrial originaria realizada a toda prisa a costa de la población obrera y campesina, y, de paso, sacrificando a los opositores significados. Fue asesinado cualquiera, civil o militar, que pudiera constituir una alternativa al gobierno de Stalin, cabeza y referente de aquella burocracia con uniformes de cuero nuevo.

Entre quienes escucharon recitar a Mandelstam, obviamente, había un amigo espía, un traidor. Ya antes de aquel recitado los Mandelstam no estaban bien vistos. Una pareja *amiga* fue a visitarles. Dijeron: «Vosotros tenéis un apartamento muy bonito, pero os lo van a quitar. ¿Por qué no nos lo cedéis, y así no irá a parar a cualquiera de ellos?».

Esos eran los aires que se respiraban. *Contra toda esperanza*, como es el título del libro de Nadezhda Mandelstam, me rebeló contra una izquierda que no se atreve a analizar cómo se vino abajo la Revolución de Octubre, cómo creció una nueva clase burocrática que, andando el tiempo, acabaría apropiándose de todo lo que la población de la Urss había construido con su sacrificio en circunstancias trágicas. La nueva clase ya administraba todo aquello; pero la mayoría pensó que lo que administraba no podía ser heredado, mientras que la propiedad sí. Protocapitalistas, incluso gerifaltes, metidos en el llamado Partido Comunista de la Unión Soviética.

**Antonio Antón**

## **Cambios de la cultura del trabajo**

Para la moderna civilización occidental el trabajo es la actividad fundamental del individuo: crea el valor y la riqueza, supone una relación con los demás, domina la naturaleza y es un deber social; es el medio principal de contribución y vinculación social. Estas ideas básicas son comunes a las corrientes cristianas, liberales y marxistas. La reforma protestante puso el acento en la vocación, en la profesión, en el trabajo metódico, e impulsó un gran cambio cultural y de mentalidad con respecto al trabajo, que se extiende como concepto abstracto en el siglo XVII y XVIII, siendo el instrumento principal para la revalorización de la nueva economía burguesa. Es la escuela británica, con Adam Smith a la cabeza, la que pone al trabajo en primer plano, para oponerlo a la propiedad como fuente de riqueza, es decir, para oponerlo a la aristocracia propietaria de la tierra. Se trataba de arrinconar tanto la ociosidad propietaria como el 'orar' cristiano frente al deber de 'laborar'.

### **La doble función del trabajo**

El trabajo tenía entonces un componente progresista frente al poder de la Iglesia y de los terratenientes, haciendo recaer sobre el esfuerzo propio la valorización de las personas y la creación de riqueza. Pero su función principal era la desposesión del campesinado y el freno al ocio, a la dedicación a la actividad religiosa o cultural de la población, sin las premuras del tiempo. Su objetivo central será el control del tiempo de los sectores populares por parte empresarial y su inversión en la naciente revolución industrial. El trabajo fue un medio de subsistencia para las nuevas clases populares, un salario como medio de garantizar unas rentas, un mecanismo de disciplinamiento y subordinación, y no un fin de los individuos deseosos de su autorrealización humana, como la ideología liberal pretendía hacer creer.

Marx retoma esa centralidad del trabajo y en sus *Manuscritos* habla de la importancia fundamental del trabajo y de la producción, aunque en un sentido amplio y genérico, tal como señala Paul Ricoeur (*Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona, 1999). Todavía con lenguaje hegeliano, estos conceptos tienen un sentido más antropológico que económico. La 'producción' no es estrictamente económica, sino el conjunto de la 'actividad creadora' del individuo; el trabajo será la acción generadora de 'libertad contra la necesidad'. La diferenciación con Smith y los economistas burgueses vendrá porque esas funciones del trabajo se plantean, sobre todo, como potencialidad, en el terreno de lo ideal, de lo que debería ser, ya que el trabajo 'real' está alienado, enajenado. El trabajar no generaría individuos autónomos y libres, sino subordinados a la propiedad privada —al capital— y fragmentados por la división del trabajo. Posteriormente, Marx y en especial el marxismo darán al concepto producción y trabajo un contenido económico muy preciso, como actividad asociada al proceso de valorización del capital que genera plusvalía, principalmente en la industria.

Las versiones más economicistas incluso llegan a considerar 'improductivo' una parte del trabajo, el realizado en los servicios, el intelectual o el doméstico. En la tradición dominante de la izquierda y del marxismo las palabras trabajo y producción tendrán, fundamentalmente, un contenido económico y además positivo, alejado del componente más amplio y antropológico y

más negativo, como el de la enajenación del primer marxismo. En la sociedad moderna se ha asumido, mayoritariamente, el pensamiento liberal de contemplar el trabajo, en esta sociedad, como fuente de realización humana; no obstante, en las últimas décadas va ganando terreno su papel instrumental como medio —el salario— de subsistencia y poder adquisitivo; incluso pierde relevancia el objetivo del nivel de satisfacción a conseguir mediante el trabajo y aumenta su importancia como medio de estatus, poder y consumo: se valora lo que proporciona el trabajo, pero no tanto el contenido mismo del trabajo.

Hoy día, entre la población, está muy acuñado el concepto ‘producción’ vinculado a la economía formal, y el ‘trabajo’ al trabajo asalariado, al empleo. Así, la utilización de esas palabras —producción o trabajo— para abarcar el conjunto de la acción humana tendría más inconvenientes que ventajas. Genera confusión al utilizar unos términos que, social y públicamente, se interpretan como estrictamente económicos, cuando se pretende revalorizar una acción al margen de la esfera económico-productiva, en sentido estricto.

Esa tentativa seguiría alimentando la importancia de la esfera económica y, en consecuencia, la prioridad del empleo actual como actividad fundamental. Se mantendría la separación y la jerarquización de una actividad más importante, la económica —el empleo— de las otras, el resto de las actividades, más secundarias y subordinadas a la primera, cuando se trata de romper esas barreras y jerarquizaciones. Subsumir hoy toda la acción humana al concepto producción o trabajo tendría ese sesgo economicista, de relativización de la actividad no remunerada y de estigmatización de las personas y actividades no vinculadas al mercado laboral.

Para revalorizar la función creadora o de relación social de la acción humana, y aunque se pudiera recuperar ese doble sentido de la palabra trabajo —liberador y alienante— del primer Marx, convendría utilizar dos conceptos diferentes. Así, trabajo definiría la actividad en el plano económico; una parte, la formal, es el empleo, trabajo asalariado, y otra parte es el trabajo no formal: doméstico, formativo, sumergido... Pero el resto de la acción humana sería ‘actividad’, a veces interrelacionada con el llamado trabajo no formal; conviene diferenciarlos conceptualmente, sobre todo, en la problemática de la relación de trabajo y ciudadanía donde, fundamentalmente, actividad sería acción o práctica ‘sociocultural’, dejando en otro plano el ‘ocio’.

Esta diferenciación nos situaría mejor para ampliar el campo de la ‘cultura’ y reducir el campo de la ‘economía’, para aumentar la llamada ‘actividad autónoma, social y cooperativa’ y reducir el trabajo asalariado y su lógica. En definitiva, se pueden distinguir los dos campos de acción humana, el trabajo —sobre todo el empleo— por un lado, y la ‘praxis’, la práctica sociocultural, por otro. Este segundo tipo de actividad recuperaría la tradición griega de praxis ciudadana, con un componente fundamentalmente ético y político, en un sentido amplio, es decir, de acción y participación pública.

La modernidad se ha asociado a esta cultura del trabajo que se está agrietando. Sería de interés revisar otra tradición cultural cuyos componentes principales nacieron en la polis griega. En esa tradición, lo principal como vínculo e identidad social eran los asuntos de la polis, la política entendida en sentido amplio, ya que abarcaba la actividad pública de tipo social y cultural; por otra parte, estaba el trabajo privado y que ocupaba una parte del tiempo, aunque, posteriormente, trataban de dejarlo para los esclavos. En la comunidad local de la Edad Media, también había cierto reconocimiento igualitario de las personas y un marco de relaciones locales comunitarias,

pero en un orden social desigual basado en la división estamental y un orden moral bajo hegemonía eclesiástica. La economía, la disciplina laboral y la subordinación del trabajo no fueron los fundamentos de la sociedad hasta el siglo XVIII o el XIX, en algunos países europeos. El empleo y la sociedad salarial trajeron una nueva explotación y opresión, pero también supusieron una mejora con respecto a otros privilegios y subordinaciones, como la servidumbre o un tipo de dependencia femenina, proporcionando un nuevo estatus y cierta autonomía individual.

En las dos grandes corrientes mayoritarias de la modernidad, el socialismo y el liberalismo, se consolida la preferencia hacia la justificación del trabajo y la economía como elementos centrales, complementados por los derechos sociales y la ciudadanía, según los énfasis. La actitud frente al trabajo es un elemento clave de las sociedades modernas. La ética protestante y el liberalismo utilitarista promovieron la transformación en los siglos XVII y XVIII, de poner el trabajo y la economía en el centro de la vida y de la sociedad; la moral productivista se desarrolla sin freno desde entonces. También en la izquierda se abraza, mayoritariamente, esa actitud y pensamiento, aunque a veces se ponga el acento en la explotación del trabajo.

### **El deterioro de la cultura del trabajo**

Sin embargo, hay que constatar que de forma paralela al liberalismo, y en parte conectado con él, se produce también un distanciamiento de la cultura del trabajo. Son minorías críticas e intelectuales de la propia burguesía ascendente que no necesitan trabajar al tener otras rentas; igualmente, hay sectores propietarios con doble moral, empleo y cultura del trabajo para sus obreros y la población en general, y actividades sociales, culturales y de ocio para los pudientes. Es un proceso de relativización del trabajo y revalorización de la propiedad acumulada y del consumo, al que se incorporan capas acomodadas, a lo largo del siglo XX.

En las propias clases medias ascendentes se desarrollará esa doble tendencia. Por un lado, las clases medias llamadas 'trabajadoras' por su dedicación dominante al empleo, en este caso cualificado, con mejores condiciones laborales y con ventajas posicionales; por otro lado, las clases medias para las que su posición social depende más de otras rentas de propiedad o herencia y de un estatus superior.

Igualmente, entre las clases trabajadoras, atendiendo a su relativa posición social de subordinación y desposesión relevante de otras rentas distintas a las derivadas del empleo (o sus complementos vinculados como las pensiones contributivas o prestaciones por desempleo), también se genera una disociación respecto del trabajo asalariado; así, junto con segmentos con una dedicación intensa y prolongada al empleo, más o menos precario, habrá segmentos masivos donde la vinculación al empleo es muy limitada y combinada con periodos prolongados de inactividad, subempleo o empleo a tiempo parcial y paro, aunque con dedicación a otras formas de actividad socioeconómica, incluida la actividad reproductiva, doméstica y de cuidados, así como la formativa y de acción sociocultural.

Por tanto, existe una mayor diversificación del tiempo de trabajo (formal e informal) en diferentes cómputos, semanal (incluido una fuerte reducción y/o concentración de la jornada laboral), anual y, sobre todo, del conjunto de la vida (entrada más tarde al mercado de trabajo y ampliación de la vida jubilada). El trabajo, aparte de su calidad, afecta de forma desigual en la experiencia vital, relacional, de estatus y de consumo de la población y a su triple componente: positivo (liberador, realizador personal, estatus...), negativo (alienante, explotador, precariedad...) e instrumental

(medio de vida necesario, vínculo social...).

Al mismo tiempo, el extraordinario aumento de la productividad actual, la crítica ecologista, la crisis del empleo y el desarrollo del uso del tiempo en otras actividades culturales y de ocio está modificando, a gran escala, esa cultura del trabajo, tanto en las élites como en las generaciones jóvenes y en sectores de la población cuyo vínculo con el trabajo es muy parcial, afecta a una parte de su vida o de su tiempo o es inexistente. El trabajo ya no se valora como la realización de la esencia humana, como en el siglo XIX, sino como un mero instrumento para poder vivir. Por otra parte, se han desarrollado otros vínculos sociales y asociativos como la propia dinámica familiar, nacional o la misma ciudadanía, que junto a la nueva cultura del ocio han relativizado el lugar primordial del trabajo y la economía, forjando nuevas identidades sociales.

La idea de situar a la economía y al trabajo en primer plano, que avanzó con fuerza desde el siglo XVIII, es hegemónica en la sociedad actual desde hace poco más de dos siglos, con la generalización de la industrialización y el capitalismo. El movimiento en defensa de la ciudadanía y, en particular, de la ciudadanía social, ha supuesto un freno a ese economicismo y tiene un fuerte componente igualitario, pero casi siempre se ha expresado en un segundo plano y subordinada a las exigencias de la economía. La vinculación social colectiva se va desarticulando en beneficio del contrato individual, y la crisis del empleo puede tener efectos contradictorios, dejando en la vulnerabilidad y dependencia a las personas sin empleo. Además, la crisis de la sociedad salarial puede no llevar a la liberación y sí a la instauración de viejas subordinaciones sociales. Los elementos beneficiosos de relativizar lo económico dejan un importante hueco, pero éste puede permanecer vacío ante la ausencia de unas nuevas bases de sociabilidad, y ante esa eventualidad surge la preocupación colectiva y el temor a la desarticulación de la sociedad, al caos.

Las nuevas estrategias gerenciales en las empresas e instituciones económicas y sus políticas de recursos humanos y relaciones laborales apuntan al refuerzo de sus posiciones de dominación sobre la fuerza de trabajo, de control del incremento de su productividad, de subordinación a la estructura jerárquica empresarial y de sustitución del contrato laboral y el derecho del trabajo por el contrato mercantil, supuestamente libre, y la precarización del empleo. Y, como complemento del ámbito laboral, la pulsión por el consumo y el ocio mercantilizado, junto con la privatización, mercantilización y segmentación de los servicios públicos que formaban parte del gran contrato social derivado del pacto keynesiano de pleno empleo y Estado de bienestar.

### **La renovación del papel del trabajo**

Ante los grandes cambios productivos, socioeconómicos y culturales, hay varias posiciones sobre la transformación de la función del empleo en este comienzo de siglo. Por un lado, se da la reacción neoconservadora que pone el acento en el refuerzo de la familia u otras instituciones y del propio Estado, junto a un nuevo autoritarismo. La posición dominante es la preponderancia de las necesidades del 'mercado', de mantener la sociedad salarial como base del orden social, pero reforzando las instituciones de control social ante su debilitamiento. En la izquierda la tendencia principal es volver los ojos hacia el empleo como mecanismo de relación social y ciudadanía.

Aquí, voy a detenerme en comentar algunas ideas renovadoras dentro de la izquierda que me parecen sugerentes como la de L. E. Alonso (*Trabajo y ciudadanía social*, Trotta, Madrid, 1999), y que vienen al caso de esta reflexión general sobre el papel del trabajo en esta modernidad tardía.

Este autor expone una visión muy realista analizando la realidad social del trabajo fragmentada, la mentalidad postmoderna asociada y la ausencia de un gran sujeto o agente social transformador. Sin embargo, para analizar el papel o el valor del empleo, convendría distinguir los dos planos. El primero es el de la realidad previsible: el trabajo no puede ejercer la misma función que en el pasado, pero no hemos llegado a su fin; permanece como realidad material aunque haya cambiado sus características y, sobre todo, su función, su expresión social y la cultura asociadas a él. El segundo plano es el del deseo normativo y de valores: la posición ante esas tendencias mayoritarias; en particular, el debate sobre la idea de si el trabajo debiera reconstituirse, o en qué medida, como base para una mejor sociabilidad o identidad colectiva. Aquí aparecen nuevos elementos de reflexión.

Comparto, fundamentalmente, esos análisis de la realidad: hay unas tendencias sociales duraderas con una base socioeconómica, cultural y de identidad fragmentada y muy frágil e inestable para la mayoría de la población, y es necesario y deseable que el empleo sea más estable, su distribución más igualitaria y las condiciones laborales más satisfactorias. Pero, además, está la propuesta de reconstitución del papel del trabajo para que vuelva a ocupar un lugar central, y ahí pienso que se debe avanzar más en dos aspectos para definir más claramente lo planteado. Uno analítico: sobre el papel que realmente va a ocupar el trabajo, el futuro del trabajo efectivo, en la articulación de la sociedad; para ello habría que distinguir mejor las dos partes de empleo y no-empleo, diferenciar el campo de la producción y la economía, del campo de la cultura o la actividad social.

Ese autor sigue con la utilización de ese concepto 'trabajo', aunque incorporando lo extra mercantil, para definir a la actividad humana fundamental, cosa que, como comento en este texto, es algo problemática. El segundo aspecto es normativo: cómo avanzar en las propuestas sobre el papel específico que debiera cumplir el trabajo; Alonso lo considera 'principal', pero creo que habría que profundizar más sobre qué papel debiera desempeñar cada aspecto: el trabajo mercantil, el extra mercantil, la actividad; o sea, cómo ensanchar el campo de la cultura, de lo social, en detrimento de la hegemonía de la economía; ese es uno de los nudos gordianos en esta discusión. Todo esto nos llevaría a una nueva dosis de realismo sobre el agujero negro del uso del tiempo en el futuro, revisar nuestra tradición cultural de tender a su relleno con el mismo material —el trabajo—, aunque siendo conscientes de que el vacío genera inestabilidad, que la tendencia dominante es a llenarlo con más mercado y es difícil un relleno alternativo.

Desde mi punto de vista, es más sugerente la posición de la filósofa francesa Dominique Méda (*El trabajo, un valor en peligro de extinción*, Gedisa, Barcelona, 1998) de 'desencantar' y relativizar el trabajo —el empleo— asumiendo esa incertidumbre, con una doble condición: estar alerta frente a los peligros que comporta la reducción del papel del trabajo, y considerar que el debilitamiento de la cultura del trabajo también trae como consecuencia directa el desarrollo de la sociedad de servicios, con su utilitarismo y mercantilismo. El debilitamiento del contrato laboral lo hace retroceder como mecanismo regulativo, pero en beneficio del contrato mercantil, de compraventa de un determinado tiempo de trabajo; al final, en condiciones desiguales, no hay contrato sino imposición y lucha por la supervivencia.

Hay que ser conscientes de los efectos perniciosos de la precarización y de la crisis del empleo, así como de las dificultades para dar sentido colectivo a una nueva utilización del tiempo, sin por ello caer ni en la vuelta y embellecimiento del papel del trabajo, ni al optimismo de que la crisis de



la sociedad salarial nos permite avanzar a una situación más solidaria y liberadora. En este comienzo de siglo, la situación está más cuajada de incertidumbres prácticas y teóricas y se deben plantear bien las preguntas e interrogantes, aunque no se pueda avanzar mucho en soluciones y sí, en cambio, en algunas respuestas parciales.

En conclusión, la cultura del trabajo, la fundamentación liberal de los derechos, del contrato social, ha constituido la principal corriente de la modernidad y tiene todavía una gran credibilidad; los viejos valores de libertad, igualdad y solidaridad todavía están vigentes, aunque a la defensiva; por otra parte, existe confusión y desorientación en sectores de la izquierda, por la crisis del anterior modelo de pacto keynesiano y del pleno empleo; todos esos elementos están puestos en cuestión y se están reestructurando por la globalización en esta sociedad mundializada, segmentada y precarizada.

En ese contexto sociocultural, uno de los problemas actuales sigue siendo la vieja aspiración progresista por una distribución más igualitaria del empleo —decente—, del conjunto del trabajo y de la riqueza, que ahora tienen una nueva dimensión, en particular una protección pública y la distribución de unas rentas sociales independientemente del empleo y basadas en la ciudadanía. Al mismo tiempo, la actual crisis socioeconómica y del Estado de bienestar, la situación de recorte de los derechos sociales y las nuevas funciones del trabajo y la actividad social están generando nuevas identidades sociales y corrientes culturales y otro marco para la acción por una nueva ciudadanía social. Todo ello requiere una renovación del pensamiento con un espíritu crítico.

Joan M.<sup>a</sup> Girona

## Atender las diferencias, combatir las desigualdades escolares

*És bell preguntar, créixer de pregunta en pregunta, dialogar amb el món a través dels com i dels per què; no deixar-se endormiscar en les respostes ni en la fe, veure en cada claredat només una alba que despunta, en lloc d'un astre que de cop ha fet el ple.*

David Jou

En los centros escolares encontramos prácticamente a todos los niños y niñas y adolescentes en edad escolar. Se ha logrado universalizar la enseñanza. Sin embargo, no todos están en las mismas condiciones. Las diferencias entre ellos son significativas. Y no parece que los sistemas escolares de nuestro país y de los países de nuestro entorno cercano estén pensados para evitar que se consoliden estas desigualdades. Un análisis en profundidad nos haría concluir que es todo lo contrario. Ahora bien, el sistema no es sólo una institución, está formado por personas: maestros, profesores y profesoras, y otros profesionales que completan la labor formativa (cocina, limpieza, secretaría, conserjería...); los niños y niñas, chicos y chicas que reciben los cuidados; las familias de estos niños, que les cuidan día a día, todos son parte muy interesada. Y estas personas pueden actuar según sus convicciones, pueden ser libres ante un sistema que quiere obligarlas o encaminarlas hacia una dirección concreta.

Las diferencias de clase social, de género, de etnia, de comportamientos, de capacidades, de orientación sexual, o de estrategias de aprendizaje están bien presentes en las aulas de nuestras escuelas. ¿Se puede evitar que se conviertan en desigualdades? Hacerlo es una de las tareas de la escuela. No cumpliría con sus objetivos si no se esforzase por paliar las desigualdades que se pueden ir produciendo a lo largo del proceso de aprendizaje, a lo largo de los años de presencia en las aulas. Se trata de enseñar con una actitud distinta; no ser parte conformista del proceso institucional; no realizar un seguimiento acrítico de las instrucciones y recomendaciones que emanen de las administraciones educativas.

Puede decirse que *luchar contra las desigualdades es utópico*. Seguramente será así, pero las buenas utopías nos guían hacia una meta y, sobre todo, nos acompañan en el camino. La utopía, como dice Galeano, nos sirve para andar.<sup>[1]</sup>

*¿Se puede cambiar el sistema de enseñanza?* No se conseguirá totalmente la igualdad, pero se pondrán granitos de arena en la línea correcta. Deben educarse chicos y chicas competentes y no competitivos, como quiere la ideología dominante. La escuela sola no podrá hacerlo, evidentemente, pero con otras instituciones, con otras personas, con colaboración y cooperación, todo es posible.

Y no partimos de cero. Hay algunas líneas de actuación que se están llevando a la práctica en mayor o menor medida en escuelas e institutos de nuestro país. Para combatir las desigualdades es necesario promover una educación integral del alumnado, que tenga en cuenta todos los aspectos que conforman su personalidad: aspectos de cariz biológico, psicológico y social. Así

conseguiremos una educación que le ayude a luchar por transformar el mundo. Juntamente con los que le rodean.

## Educación integral

Transformarse o adaptarse.

Paulo Freire

1. Los chicos y chicas llegan al aula con todo su bagaje personal: capacidades, historia personal... Las personas somos, a la vez, cerebro y corazón, por decirlo en lenguaje coloquial; y en toda relación entre personas los aspectos emocionales están muy presentes. *La relación está en la base de los aprendizajes* y de la educación. Para ayudar en el proceso educativo al alumnado, todos y todas necesitan un adulto de referencia que, durante el proceso de escolarización, los acompañe y oriente hacia su futuro. Para avanzar hacia la igualdad es imprescindible una buena acción tutorial, un acompañamiento que respete las peculiaridades de cada niño o adolescente y que oriente hacia perspectivas de futuro alcanzables. El crecimiento personal de nuestros niños se basa en las emociones, en las relaciones con los adultos de referencia, en la colaboración con sus iguales y en el respeto a su singularidad. Si se tienen en cuenta estos factores avanzaremos hacia la utópica igualdad.

2. Las personas vivimos mezcladas; aunque también es cierto que en algunos barrios se concentran mayorías acomodadas y en otros las dificultades económicas. Pero es habitual convivir con personas diferentes a nosotros, o encontrarnos con ellas, tendencia que va en aumento.

No sería adecuado romper esa mezcla en el espacio escolar. No es adecuado *segregar alumnos* según posibilidades económicas, provocando la triple red escolar existente (pública, concertada y privada). Ni segregar según el género, como hacen por motivos espurios (ideológico-religiosos o de una pretendida eficacia) diferentes patronales educativas. Para compensar las desventajas de una parte del alumnado será necesario, pues, organizarse con agrupamientos heterogéneos que permitan aprovechar, en las relaciones que se establecen, lo mejor de cada uno o cada una.

3. El éxito escolar aumenta en función del *tiempo de dedicación de los padres* a sus hijos.<sup>[2]</sup> Quizás aquí radica la principal dificultad. La importancia del entorno familiar en los resultados escolares está determinada. El supuesto éxito que miden las pruebas PISA depende más del entorno familiar que del papel de las escuelas.

Los padres y los enseñantes pueden entenderse. Los profesores no sabemos más que sus padres. Es una tarea diferente la que unos y otros realizan con los chicos y chicas. Es necesaria una colaboración estrecha, cada uno desde su situación. La colaboración con las familias implica tenerlas en cuenta. No todas pueden ayudar a sus hijos a estudiar, pero todas pueden acompañarlos, todas pueden dedicarles tiempo. Es importante tenerlo en cuenta cuando mandamos trabajos para casa, "los deberes", pues pueden aumentar las desigualdades en aquellas familias con bajo capital formativo. Se impone, por tanto, la corresponsabilidad: la tutoría compartida familia-escuela facilitadora de la compensación de las diferencias.

4. En todo momento es necesario estar dispuesto a *paliar las desventajas de origen*. No podemos realizar actividades extraescolares que no incluyan a todos y todas. Habrá que prever los costes económicos, las expectativas culturales, las capacidades físicas y psíquicas para conseguir que ningún alumno se pierda una actividad. Cada una que se pierde es un paso atrás hacia la igualdad.

5. Pero *la escuela no es una burbuja*: está inmersa en la sociedad, forma parte de la comunidad humana en la que está ubicada. El centro escolar se mueve en un contexto social. Debe relacionarse con la red asociativa del entorno cercano y participar de los movimientos sociales que se generen en defensa de un mundo más justo y solidario. No puede vivir aislada, no puede pensar en los aprendizajes desde una burbuja, pues de ese modo no participaría de las expectativas igualitarias que se generan en las luchas sociales.

6. El alumnado actual ha convivido durante su corta vida con las tecnologías digitales. No deberíamos hablar de novedad: no son una posibilidad más, es la forma que tienen de vivir en el mundo. Hay que velar por el problema de las *desigualdades de acceso a las redes digitales* desde las familias, es necesario ayudar a éstas a conocer las grandes posibilidades que abren las tecnologías actuales: capacidades de aprendizaje (seguramente ya están aprendiendo de forma diferente), de relación, de organización. Las brechas digitales provocadas por las situaciones socioeconómicas son importantes y no se solucionan limitándose a proporcionar los elementos básicos (ordenadores, móviles, etc.): es necesario conocer bien su funcionamiento y dotarse de un entorno que facilite su utilización (con conexiones adecuadas y un espacio tranquilo, por ejemplo).

7. Para avanzar *hacia la utópica pero necesaria igualdad* es preciso romper con la rigidez de los espacios y tiempos tradicionales. Tiene importancia la metodología que se utiliza. Clases magistrales o participación activa del alumnado. Trabajo individual o trabajo en pequeños grupos, en equipo (aprendizaje servicio, trabajos globalizados, por proyectos, con actividades en cooperación). Importa cómo se colocan las mesas, (aisladas, por parejas, por grupos, en forma de semicírculo...). Todo esto influirá el clima del aula, estimulando las dinámicas del grupo. La interacción estimula los aspectos positivos que toda persona tiene, por lo que debe pensarse cuáles son más favorables para los procesos de aprendizaje y para el crecimiento madurativo del alumnado. Para aprovechar lo mejor de cada uno, habrá que proponer diferentes metodologías para ayudar a aprender (imágenes, lecturas, exposiciones...).

## **Un lugar para todos y todas**

No se trata de elegir por ellos. Se trata de andar juntos, cada uno a su manera el mismo camino.

Adaptado de Teresa San Román

*Trabajar por la igualdad implica una escuela inclusiva*, lo que significa acoger a todas las personas de la comunidad, de la tribu... y dar respuesta a sus necesidades de aprendizaje. Los puntos indicados descartan cualquier mecanismo de selección, de discriminación. Acoger a todo el alumnado y sus familias favorece la cohesión social. Favorece trasladar a la sociedad la igualdad de los distintos. Una forma de mejorar su salud física y psíquica, los resultados

académicos y sobre todo sus capacidades para afrontar la vida adulta. El alumnado conocerá unos valores distintos a los dominantes, unos valores de cooperación, de solidaridad, de trabajo en equipo, una capacidad crítica también. Y su profesorado, sus maestros, se beneficiarán a la vez del retorno que recibirán: serán también mejores personas, con mayores capacidades para afrontar las dificultades.

Para acabar, añadiríamos que además de cambiar las escuelas e institutos habrá que luchar para que los gobiernos no sigan generando proyectos educativos (?) que ayuden a reproducir las desigualdades sociales. Con las pistas de trabajo apuntadas brevemente no cambiaremos el mundo, ni quizás las escuelas. No conseguiremos compensar por completo las desventajas de origen, no evitaremos que todas las diferencias se conviertan en desigualdades... Pero conseguiremos imbuir en nuestro alumnado, y un poco en sus familias, *las posibilidades que tienen de convertirse en mejores personas*, de constituir una sociedad algo mejor que la actual. De dar la vuelta a lo que quieren los poderosos y los políticos que están a su servicio. Lograremos, en definitiva, ser personas con dignidad. *Vivir, simplemente vivir, puede ser un acto revolucionario.*

El buen profesional de la educación que no lucha por ampliar su espacio político y el de su entorno, que no lucha socialmente por mejorar su situación y la de los miembros de su comunidad educativa o renuncia a la lucha por los derechos y deberes de la ciudadanía trabaja, en realidad, en contra de la eficacia profesional.

Paulo Freire, "En la sombra de este árbol"

[Joan M.<sup>a</sup> Girona es maestro y psicopedagogo. Adaptación de un artículo publicado en catalán en *Perspectiva Escolar*]

1. "¿Para qué sirve la Utopía? / Para eso sirve; para caminar" (Eduardo Galeano) [?](#)
2. D. Meltzer y M. Harris (1989): *El paper educatiu de la família*. ESPAXS, Barcelona. [?](#)

## El Lobo Feroz

### La Academia no limpia

Recientemente a la Academia le ha dado por fijar, y algún escritor ha protestado, en realidad, en su propio nombre y en el de muchos que nos expresamos por escrito en castellano. La cosa ha surgido en torno a la palabra 'sólo', que ahora, según la Academia, sólo se debe escribir con tilde cuando da lugar a ambigüedad en torno a su significado. Eso ha sustituido a una regla anterior clarísima: 'sólo' se escribe con tilde cuando puede ser sustituida por 'solamente', y sin tilde cuando no —cuando se refiere a la soledad—. La razón de la inquietud académica puede residir en que 'solo' es palabra llana no terminada en vocal, ni en 'n' o 's', o sea, una excepción a la regla general del uso de la tilde para palabras llanas.

De momento la Academia no se ha pronunciado sobre el caso parecido de la palabra 'aún', que se escribe con tilde cuando puede ser sustituida por 'todavía' y sin ella cuando puede ser sustituida por 'incluso'. Es de temer que la Academia vaya a por ella.

Esta obsesión de la Academia por *fijar* contrasta con el abandono de sus tareas de *limpiar* y *dar esplendor*. Algunos ejemplos:

Para empezar, la 'P' significativa de un lugar de aparcamiento; en América Latina, para los aparcamientos se usa 'A'. El castellano de América es más resistente a lo gringo que el de aquí. Aquella 'P' está por 'parkin', chulesca castellanización de 'parking'. Y ha generado otros términos terminados en '-ing': 'puenting', 'vueling', 'bicing', etc., ante la pasividad de la Academia. Si vamos a los automóviles, se ha consagrado 'starter', cuando se podría haber consagrado 'arranque' o 'inicio' si la Academia hubiera hecho los deberes. Y no hablemos del 'on' y el 'off', y tantos términos de los aparatejos y de la informática. La lengua castellana va camino de convertirse en España en un dialecto del inglés. La Academia sólo ha dado una batalla, por la 'ñ', ganada en la informática; seguramente porque habría sido demasiado fuerte acabar normalizando 'Espagna' o 'Catalugna'.

¿Qué ocurre? Ocurre que en la Academia hay pocos gramáticos y literatos y demasiados cuerpos *honorarios*. Así nos va. No son infrecuentes, incluso entre autores consagrados, errores en el uso del pronombre 'se', que puede ser impersonal o servir para oraciones en pasiva refleja. Hay cierta inseguridad en la aplicación del sufijo 'se' en oraciones con verbos auxiliares. No es correcto, p. ej., 'tenerse que abrir' y sí lo es 'tener que abrirse'. Con el 'se' a veces se mueven hasta los inmuebles.

En Cataluña ha aparecido una nueva corrupción del castellano. En esa tendencia a democratizar en falso los tratamientos, común a todo el país —p. ej., la generalización del tuteo, como los anglos—, aquí el castellano se ha contaminado del catalán. En cuanto a tratamientos, los usos castellanos correctos para llamar, por ejemplo, a Javier Marías, serían 'señor Marías', 'don Javier' o simplemente 'Javier'. Pues ahora el uso normalizado en Cataluña es 'señor Javier'. Eso duele particularmente cuando este uso se vocea en una visita médica, en cualquier trato público o privado. La Academia de la Lengua Española (que debería ser Lengua Castellana), ¿podría aconsejar al personal? Nos haría un favor.

A todas éstas, preciso es señalar que la Academia no prescribe los usos ortográficos, sino que simplemente los recomienda. ¿Eso facilita la libertad a los escritores? Lo cierto es que no: los escritores escriben como les parece, pero los correctores de galeras de imprenta de las editoriales y diarios suelen ser talibánicamente más papistas que el papa y convierten en órdenes los consejos de la Academia de la Lengua. ¿Correctores de los diarios? Bueno, a la vista de las faltas de sintaxis y ortografía de los periódicos, parece que se han ahorrado esos puestos de trabajo.

El Lobo que esto suscribe hace un llamamiento a los escritores para que protesten de la *potestas* concedida por las empresas editoriales a correctores sin *auctoritas*, por una parte, y a hacer caso omiso de las recomendaciones de la Academia cuando éstas parezcan más bien arbitrarias y no ayuden en nada al aprendizaje de los escolares, entre quienes están los escritores de mañana.

**José Luis Gordillo**

## **Contra la distopía belicista**

Según una encuesta llevada a cabo por Euroskopia, el 64% de austriacos, 60% de alemanes, 54% de griegos, 50% de italianos y el 41% de portugueses están a favor de un final negociado de la guerra entre Rusia y Ucrania/OTAN (porque, a estas alturas, debería estar claro para todo el mundo que esos son los bandos que se están enfrentando en el este de Europa, y además no desde hace un año, sino desde 2014), incluso si ello exige al gobierno de Kiev ceder parte de su territorio. Una expresión de esa corriente de opinión se pudo ver en los actos convocados a favor de la paz el 24 y 25 de febrero pasados en un centenar largo de ciudades y pueblos de Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Portugal, Gran Bretaña, Polonia, Holanda, Austria y Croacia, entre otros. Los interesados pueden consultar la información en la página web de Europe for Peace. Esa posición coincide, en muchos aspectos, con las intenciones pacificadoras de Lula, el Papa Francisco o el gobierno chino.

Una opinión similar, según la misma encuesta, defendería también el 50% de los ciudadanos españoles. En este caso, los más favorables a dicha opción serían los votantes de Unidas Podemos y del PSOE (61% y 55% respectivamente), pero también estarían a favor de lo mismo el 46% de los votantes del PP, 44% de los votantes de Ciudadanos y 45% de los votantes de Vox. Bien es verdad que, según la misma encuesta, el 61% de los españoles se muestra favorable al apoyo militar occidental a Ucrania y eso, algunos de ellos, no lo ven incompatible con estar también a favor de una paz pactada. Estamos, pues, ante una cuestión que divide a la sociedad y cuartea de forma transversal el electorado de los principales partidos políticos. Algo de esa división se ha visto reflejado en las declaraciones divergentes de algunos miembros del gobierno de coalición, pero muy poco en el parlamento y muy poco en los principales medios de comunicación. Las opiniones favorables a un alto el fuego inmediato y a una paz pactada son muy minoritarias en ellos.

Por eso, el pasado 25 de febrero, con motivo del aniversario de la invasión rusa, se llevaron a cabo diversos actos públicos antibelicistas en una treintena de ciudades y pueblos de España. Los interesados pueden encontrar la información en la página web del [Grupo Antimilitarista Tortuga](#). En casi todos ellos se exigió un alto el fuego inmediato y negociaciones de paz. Fue el primer intento de hacer visible la distancia existente sobre este asunto entre la pluralidad de la sociedad y la casi unanimidad del mundo oficial. La asistencia a ellos, que fueron convocados con medios artesanales por diversos colectivos pacifistas, antimilitaristas, ecologistas y libertarios, estuvo lejos de ser masiva; pero su importancia reside, en mi modesta opinión, en que pueden convertirse en la chispa que encienda un fuego que se puede extender en el futuro si la guerra se alarga. Una perspectiva que, junto al aumento de los conflictos laborales por la carestía de la vida provocada por las sanciones a Rusia, al parecer causa preocupación entre los gobernantes de la UE (según *The New York Times*, 3-3-2023). Como miembro de la entidad que en Barcelona convocó a unos de esos actos, quisiera mostrar lo razonable de esa posición criticando la distopía belicista contenida en los razonamientos de quienes rechazan esos planes y propuestas de paz.

Hay varios tipos de belicistas distópicos, pero lo que tienen en común todos ellos es considerar



que su punto de vista es muy realista. En estas circunstancias, vienen a decir, lo único eficaz es recurrir a las armas, ya sea para echar a los rusos de Ucrania, ya sea para alcanzar una correlación de fuerzas más favorable al gobierno de Kiev en unas hipotéticas negociaciones futuras.

El carácter distópico del primer enfoque es bastante evidente. Da por supuesto que es militarmente posible infligir a Rusia, no la derrota parcial que según los medios de comunicación occidentales viene padeciendo ya desde los días posteriores al inicio de la invasión (lo cual haría factible, piensa uno, su aceptación de una propuesta seria de negociación debido a su fracaso y debilidad), sino una derrota total que comporte el colapso del actual Estado ruso. Estos belicistas creen posible, pues, resolver este conflicto en el tablero de la *lógica isomórfica*, que es aquella que se alimenta de la dinámica de acción-reacción-acción provocada por los combates y en la que la competición armamentística acaba siendo el factor fundamental para determinar su desenlace. Si ellos tienen tanques, nosotros también; si ellos tienen aviones, nosotros también; si ellos tienen misiles de largo alcance, nosotros también; y así sucesivamente.

Claro que, a partir de dicha lógica y al estar implicadas varias potencias nucleares (Rusia, EE. UU., Gran Bretaña, Francia), eso implica ir subiendo todos los peldaños exigidos por dicha competición hasta acercarse al cadalso final, esto es, al riesgo del suicidio colectivo. «¡Que se haga justicia, aunque perezca el mundo!», podría ser la frase que mejor sintetizaría este punto de vista. Esta distopía conduce a la madre de todas las distopías: si «perece el mundo», también perecerá Ucrania, los que viven en ella y la idea misma de justicia. Es la destrucción por la destrucción, sin que con ella se pueda alcanzar ningún fin político razonable. Manuel Sacristán lo sintetizó, hace ya cuatro décadas, con su habitual lucidez: «Con el logro de una capacidad destructiva total, la guerra ha perdido por completo cualquier función social y política. Esa es la raíz de la crisis conceptual de lo militar, [...]» (en el prólogo al libro de Vicenç Fisas, *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*, Fontamara, Barcelona, 1982, p. 10).

Hay, desde luego, belicistas informados que son muy conscientes de este problema. Por eso saben que toda comparación entre la guerra de Ucrania y cualquier guerra anterior a 1945 es desafortunada por anacrónica. Ni la guerra antifascista española de 1936-1939, ni la guerra contra el nazismo de 1939-1945, se llevaron a cabo en un contexto en el que existía la posibilidad del holocausto nuclear. Sin embargo, estos belicistas informados creen viable una vía militar intermedia que permita aplastar al otro bando sin llegar nunca al Armagedón. No obstante, esa es la parte más quimérica de su forma de razonar y la que les obliga a contarnos unos *cuentos de la lechera* inverosímiles. El más difícil de tragar es aquel que nos dice que la bomba atómica es un *tigre de papel* (la frase es de Mao Zedong y la pronunció un día que no fue precisamente su mejor día) porque los dirigentes que pueden decidir su uso son seres racionales que nunca, nunca, apretarán el botón. Es preciso, pues, confiar en su buen juicio porque seguro, seguro, que siempre se detendrán justo antes del instante fatídico. ¿Seguro? Esa confianza, antes que pensamiento racional, es pensamiento desiderativo en estado puro. Desde 1945, el planeta Tierra ha padecido más de dos mil explosiones atómicas, la inmensa mayoría en forma de «ensayos nucleares». Quienes los ordenaron, no dudaron en «apretar el botón».

Los que mandan de verdad en el mundo —no sus escribas, ni sus mayordomos— siempre afirman: «No os preocupéis, nosotros controlamos». El problema es que siempre lo dicen con los ojos vidriosos del adicto que dice que está a punto de dejar su adicción. Pregunto: ¿confían

ustedes en Putin cuando dice «yo controlo, tío»? Digo yo que no deberían hacerlo, en especial si se han creído todo lo que han dicho sobre él los medios de comunicación occidentales durante el último año. ¿Confían ustedes en Biden, tal vez? Si lo hacen, les tengo una gran envidia, porque yo, aunque lo intento cada día, no consigo confiar en quien fuera vicepresidente con Obama en los tiempos de las brutales guerras de Afganistán, Iraq, Libia o Siria. La confianza en Biden sólo es creíble si uno ha consumido previamente grandes cantidades de propaganda bélica occidental, algo que no es recomendable por razones médicas.

Llegados a este punto, nuestro belicista distópico aunque informado tal vez rebaje el tono y acepte que nuestros temores están justificados. Pero la injusticia cometida es tan grande, piensa él, que de todos modos es preciso que la OTAN siga enviando armas para llegar al punto en que Kiev pueda negociar en mejores condiciones que ahora. Quien piense así nos debe una precisión ulterior: está obligado a explicarnos cuáles son, en su opinión, las condiciones concretas que le llevarán a decir: ahora sí, ahora ha llegado el momento de negociar la paz.

Mark Milley, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor del Ejército de EE. UU., declaró el noviembre pasado, según informó entre otros *El Mundo* el 10-11-2022, que ni los rusos conseguirían dominar Ucrania, ni las fuerzas ucranianas conseguirían expulsar a los rusos de las zonas que ahora controlan. Eso es lo mismo que afirmar que la guerra de Ucrania ha entrado en una fase en la que los combates y las muertes se suceden, pero ninguno de los bandos puede avanzar o retroceder mucho. Por eso, decía este general estadounidense que también es uno de los que codirigen la guerra desde el lado de Kiev, habría que ir pensando en unas negociaciones de paz.

Ese estancamiento se puede superar, piensa el belicista inasequible al desaliento, gracias al envío de los tanques, de los aviones que deben proteger a los tanques y de los misiles de largo alcance que protegerán a los aviones que protegerán a los tanques. Eso, por cierto, es lo mismo que afirmar que Kiev sólo podrá resistir si así lo desean sus proveedores de armamento de la OTAN. Bien, pero ¿y si eso no sirve para superar el estancamiento?, ¿y si dentro de seis meses o un año las cosas están más o menos igual?, ¿para qué habrán servido entonces los muertos y la destrucción que provocarán en Ucrania las ofensivas y las contraofensivas de unos y de otros? Quienes apuestan ahora por la continuidad de la guerra quedan encadenados a los resultados prácticos de las acciones militares. Como muy bien ha explicado el filósofo alemán Jürgen Habermas, la continuidad de la guerra acabará enfrentando a los partidarios de seguir enviando armas a Kiev a «una disyuntiva desesperada: intervenir activamente en el conflicto o abandonar a Ucrania a su suerte para no desencadenar la Primera Guerra Mundial entre potencias con armas nucleares» (en «Un alegato a favor de las negociaciones de paz», *El País*, 19-2-2023). Para evitar llegar a ese callejón sin salida es mucho menos distópico iniciar ya las conversaciones de paz.

[Fuente: [Público](#)]

**Boaventura de Sousa Santos**

## **Occidente visto desde el mundo**

Entre 2011 y 2016 realicé un proyecto de investigación financiado por el Consejo Europeo de Investigación. Lo llamé ALICE – Espejos extraños, lecciones imprevistas: definiendo para Europa una nueva forma de compartir las experiencias del mundo. En este proyecto, traté de mostrar que Europa, después de cinco siglos de tratar de enseñar al mundo, se enfrentaba a un mundo que no tenía en cuenta las lecciones de Europa y que, frente a esto, en lugar de proponer un aislacionismo progresivo, Europa debía estar disponible para aprender del mundo y utilizar este aprendizaje para resolver algunos de sus problemas. La guerra en Ucrania demostró que las propuestas en mi investigación han servido poco a los políticos europeos, una experiencia que no es nueva para los científicos sociales.

En octubre de 2022, ocho meses después de la invasión de Ucrania, un conocido instituto de la Universidad de Cambridge armonizó y fusionó 30 encuestas globales sobre actitudes hacia Estados Unidos, China y Rusia. Las encuestas abarcaron 137 países del mundo y el 97% de la población mundial, y se realizaron en 75 países después de la invasión de Ucrania. El principal resultado de este estudio es que el mundo está dividido entre una pequeña minoría de la población mundial, que tiene una opinión positiva de Estados Unidos y una actitud negativa sobre China y Rusia (1.200 millones de personas), y una gran mayoría en la que ocurre lo contrario (6.300 millones). Aunque el estudio se refiere a Estados Unidos, no es arriesgado especular que, especialmente después de la guerra en Ucrania, Europa se asocia con Estados Unidos aún más intensamente que antes. A esta asociación podemos llamar “Occidente”. Esto significa que, si tomamos el mundo como unidad de análisis, Occidente está más aislado que nunca, y esto explica que la gran mayoría de los países del mundo se hayan negado a imponer sanciones a Rusia promulgadas por Estados Unidos y la UE. Es importante conocer las razones de esto. Veamos algunas de ellas.

— El ministro de Asuntos Exteriores de India, S. Jaishankar, dijo recientemente en una entrevista que “Europa debe dejar de pensar que los problemas de Europa son los problemas del mundo y empezar a pensar que los problemas del mundo no son los problemas de Europa”. El mundo del Sur global se enfrenta a una serie de desafíos a los que Occidente no ha dado prioridad más allá de la exuberancia retórica, ya sean las consecuencias de la pandemia, los intereses de la deuda externa, los impactos de la crisis climática, la pobreza, la escasez de alimentos, la sequía y los altos precios de la energía. Durante la pandemia, los países del Sur global insistieron en vano en que las grandes empresas productoras de vacunas del Norte global debían renunciar a los derechos de patente para permitir que sus poblaciones vacunaran de manera amplia y económica. No es de extrañar que los embajadores de Europa y Estados Unidos ahora no tengan credibilidad ni autoridad para exigir que estos países impongan sanciones a Rusia. Además, en plena crisis pandémica, la ayuda que recibieron procedía principalmente de Rusia y China.

— La misma falta de credibilidad y autoridad ocurre cuando los países del Sur global son convocados a mostrar respeto por el “orden internacional basado en reglas”. Durante décadas (si no siglos) Occidente ha impuesto unilateralmente sus reglas, arrogándose el privilegio de declararlas universales, reservándose al mismo tiempo el derecho de suspenderlas y violarlas

cuando lo considere oportuno. Aquí hay algunas preguntas que ocurren para estos países. ¿Cuántos países han sido invadidos sin autorización del Consejo de Seguridad de la ONU, de Yugoslavia a Irak, de Libia a Siria? ¿Por qué todos aquellos que se atreven a desnudar el abismo entre principios y prácticas viven enterrados en prisiones o en el exilio, como ilustran los casos de Julian Assange y Edward Snowden? ¿Por qué el oro de Venezuela todavía se mantiene en los bancos de Reino Unido (y no solo), al igual que las reservas de Afganistán permanecen congeladas mientras la población afgana muere de hambre? Nadie en Europa puede imaginar el ridículo que hace el secretario general de la OTAN cuando se le oye en el Sur global invocar a Rusia por utilizar el gas y el petróleo como arma de guerra, cuando durante tanto tiempo muchos países han vivido bajo el arma de guerra del sistema financiero global controlado por Estados Unidos (sanciones, embargos, restricciones).

Finalmente, el pasado 8 de febrero, el respetado periodista estadounidense Seymour Hersh reveló con información concluyente que fueron Estados Unidos los que realmente planearon, a partir de diciembre de 2021, el sabotaje a los gasoductos Nord Stream 1 y Nord Stream 2. Si fue así, se trata de un crimen atroz y un acto de terrorismo de Estado que no solo causa un desastre ambiental irreparable, sino que sienta un precedente imprevisible para todas las infraestructuras submarinas internacionales. Debería ser de interés para Estados Unidos averiguar lo ocurrido. Por desgracia, este acto terrorista es recibido con el más profundo silencio.

— La memoria de los países del Sur global no es tan corta como piensan los diplomáticos occidentales. Muchos de estos países estaban sujetos al colonialismo europeo, que, a lo largo del siglo XX, casi siempre dependía de la complicidad y el apoyo de Estados Unidos. La solidaridad con los movimientos de liberación vino de China y Rusia (entonces la Unión Soviética) y este apoyo continuó en muchos casos después de la independencia. Aquellos que ahora piden solidaridad contra Rusia y China han sido en el pasado hostiles a sus aspiraciones, o han estado ausentes.

— Estamos entrando en una segunda Guerra Fría, esta vez entre Estados Unidos y China, y, de hecho, la participación de Estados Unidos en la guerra de Ucrania apunta, entre otras cosas, a debilitar al aliado más importante de China. Los países del Sur global recuerdan la primera Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética y saben por experiencia que, con algunas excepciones poco después del final de la Segunda Guerra Mundial, la alineación incondicional con uno de los campos no los benefició; por el contrario, la Guerra Fría fue a menudo caliente para ellos. Para ello, en 1955, 29 países de Asia y África (algunos todavía colonias) y Yugoslavia se reunieron en Bandung y crearon, a partir de 1961, el Movimiento de los No Alineados. No es casualidad que el llamamiento en favor de un nuevo Movimiento de Países No Alineados se extienda ahora por todo el Sur global y que, de hecho, esté surgiendo bajo nuevas formas.

[Fuente: [Público](#). Traducción de Bryan Vargas Reyes]

**Manuel Monereo**

## **China: empezó la cuenta atrás**

**China no amenaza a Estados Unidos. Nadie puede amenazar a EE. UU. [...] China ha cometido, a ojos de EE. UU., un gran pecado: desarrollar su economía hasta el mismo tamaño que la de EE. UU.**

**Paul Keating, antiguo primer ministro de Australia (marzo de 2023)**

La verdad de Taiwán está en Ucrania; la verdad de Ucrania está en Taiwán. No se trata de un juego de palabras ni de un acertijo. Ambos temas están dialécticamente relacionados y son parte de una estrategia global, con diferencias y similitudes. ¿Qué les da sentido?: la (contra)ofensiva norteamericana. Crisis de hegemonía y ofensiva norteamericana marcarán esta fase histórica. A los EE. UU. hay que tomárselos siempre en serio, estudiarlos minuciosamente y tomar nota de lo que dicen, de lo que hacen y de lo mucho que callan. Cuando Biden dijo que los EE. UU. han vuelto, significa que la gran potencia del norte no está dispuesta a admitir el cuestionamiento de su dominio y que defenderá su “orden” y sus “reglas” con uñas y dientes.

El factor tiempo es decisivo. El equipo dirigente organizado en torno a Biden vive dramáticamente la situación actual del mundo y teme la transición hacia un mundo multipolar. Las diferencias con Donald Trump tenían que ver con su incapacidad para definir una estrategia operativa a la altura de los desafíos de la época, con sus decisiones erráticas e incoherentes, con sus desprecios a los aliados y sus devaneos con Rusia. Hablaba mucho, hacía poco y no se enfrentaba con decisión a los problemas. Echarlo del poder se convirtió en una verdadera cruzada; lo consiguieron, empleando todos los medios disponibles a su alcance, todos los medios; terminará en la cárcel o algo peor. Biden y su equipo tenían prisa, mucha prisa. Los problemas se acumulaban; la sociedad norteamericana emitía señales de crisis; las fracturas sociales y territoriales eran cada vez más evidentes, la involución política y los conflictos identitarios ponían de manifiesto una guerra civil latente. Había que tomar la iniciativa y contraatacar antes de que fuese demasiado tarde.

La crisis sistémica del 2008 fue la señal de que las capas tectónicas que organizan las relaciones internacionales se estaban moviendo en dirección contraria a los intereses geopolíticos de los EE. UU. Una vez más, el epicentro de la crisis económica estaba en el “país indispensable” y fue China quien acabó rescatando a la economía internacional. Era el dato crucial que evidenciaba que el mundo estaba cambiando de base y que ya no se podía gobernar sin el imperio medio. En paralelo, Rusia reconstruía su economía, su tejido productivo, su eficiente complejo militar-industrial y, lo fundamental, recuperaba su centralidad en una Eurasia en proceso de reorganización. Irán había salido —con dificultades y problemas no menores— como la gran beneficiada de las guerras fracasadas de los EE. UU. en Afganistán, en Irak, en el Líbano, en Libia, Siria. Otros —India, Alemania, Indonesia, Turquía— miraban a la gran potencia emergente y buscaban acuerdos económicos ventajosos. Biden llegaba para romper esa dinámica, usando a fondo su control sobre las instituciones internacionales, el peso del dólar y, es lo decisivo, su clara superioridad político-militar.

Una gran potencia como EE. UU. por definición tiene capacidad para operar en diversos escenarios y con agendas múltiples. No hay nada más que leer los informes periódicos que realiza su Centro Nacional de Inteligencia para tomar nota de su conocimiento preciso de las tendencias de fondo que están gobernando esta transición geopolítica, del peligro que supone la consolidación de China como potencia rival económica, política y militar. La Administración norteamericana tiene desde hace años una estrategia —densa, compleja, múltiple— para frenarla, debilitarla y provocar una crisis en su núcleo dirigente. Le han dedicado mucho dinero, muchos esfuerzos organizativos, una tenaz y permanente intervención sobre élites críticas y una vigorosa y una sistemática estrategia comunicacional. El imperialismo colectivo de Occidente no descansa nunca; está siempre vigilante, máxime, cuando lo que está en juego es su hegemonía.

El modelo Ucrania se va a repetir, de una u otra forma, con Taiwán. Quien tiene el predominio en el sistema-mundo tiene el poder para definir las líneas de fractura y trabajar sobre ellas. De facto hay tres escenarios, interconectados entre sí, que expresan esta ofensiva norteamericana. El primero, Europa; línea de demarcación definida, al menos, desde el 2014 en Ucrania. El segundo, el Mar de China Meridional con Taiwán como línea de separación y de conflicto político-militar; y el tercero, en el África subsahariana con el Sahel como frente móvil que define territorios en disputa y lugar de enfrentamiento entre las grandes potencias.

Oriente Próximo vive un proceso de cambios acelerados, de redefinición radical de las alianzas internas y de sus tradicionales mecanismos de inserción en la economía internacional. Síntesis y resumen de estas mutaciones es el acuerdo entre Irán y Arabia Saudita gestionado por China. No voy a insistir sobre lo que esto significa, está delante de nuestros ojos y pone fin a una historia de control y de poder. Hay que tomar nota de dos aspectos especialmente significativos: la capacidad de China para forjar consensos y ofrecer salidas a viejos conflictos y, lo fundamental, lo mucho que ha avanzado —como realidad y proyecto— la multipolaridad percibida como oportunidad para liberarse de viejas ataduras con las potencias coloniales y como autonomía para definir políticas en función de los intereses nacionales de cada uno de los países. La guerra en Ucrania, el conflicto entre la OTAN y Rusia, no se ve de la misma forma en el Occidente colectivo que en el Sur global. ¿Qué es lo que hay de fondo? Que detrás de la crisis de hegemonía de EE. UU. existe algo más decisivo, de más trascendencia histórica: el fin del dominio político-militar y cultural de Occidente.

¿Por qué Taiwán? Básicamente, por tres razones: 1) Para China la reunificación con esta isla es un elemento definitivo -seguramente el más importante hoy- para superar un largo siglo de humillaciones y guerras civiles que estuvieron a punto de destruirla como Estado-Civilización; 2) China nunca podrá ser una gran potencia si no es capaz de controlar su Mediterráneo, es decir el mar de China (Meridional y Oriental); en su centro está Taiwán. 3) Esta isla es el eje de reorganización de la primera (y decisiva) línea de asedio y contención del poder naval chino y dispositivo, trampa para administrar el conflicto con el viejo imperio medio.

La estrategia, insisto, ha sido muy pensada y está en pleno desarrollo. Lo primero, fortalecer y estructurar un conjunto de alianzas político-militares que vayan progresivamente cercando a China. Lo están organizando por círculos concéntricos. El núcleo decisivo es el AUKUS, el acuerdo entre Australia, Gran Bretaña y EE. UU.: los anglosajones al mando y sin interferencias europeas. El círculo siguiente lo conforman los protectorados militares, Japón, Corea del Sur y,

ahora más claramente, Filipinas. En un tercer nivel están un conjunto de países que, sin estar definidos, son claves para el posicionamiento final; en su centro están India, Indonesia y Malasia. EE. UU. está jugando fuerte militarizando la región, impulsando un rearme de grandes proporciones y nuclearizando, aún más, la zona. La entrega a Australia de B-52 y B-1 con armamento nuclear y el desarrollo conjunto de submarinos impulsados por energía nuclear evidencian un salto de calidad y la férrea determinación norteamericana.

Esta política de alianzas se concreta en lo que se ha llamado “estrategia de las cadenas de islas”. La primera involucra a Corea del Sur, Japón, Filipinas, Taiwán y Singapur. La segunda incluiría además de Japón, Islas Bonin, Las Marianas (EE. UU.), Guam y las Carolinas y habría una tercera mucho más amplia que partiría de las Aleutianas, Hawái y Oceanía. Como se puede observar, EE. UU. se toma en serio que el centro de gravedad del poder mundial se traslada a Oriente y que no está dispuesto a aceptar o a negociar el fin de su hegemonía en ese hemisferio. Se prepara para la guerra y la provocará si lo considera necesario. Esto exigirá tiempo, una eficaz política de alianzas, aislar económica y tecnológicamente a China e impulsar una estrategia comunicacional-cognitiva que criminalice ante el mundo a China y a su presidente.

Taiwán es la línea de fractura y de conflicto organizada por los EE. UU. Llevan muchos años trabajando en esta dirección. Lo primero ha sido impulsar el separatismo en la isla. El Partido Progresista Democrático (PPD) traduce políticamente un proyecto de “construcción nacional” que minimiza el peso de la tradición china, crea una «comunidad imaginaria» compleja que determina y hace necesario —es el objetivo— un país independiente. En segundo lugar, los países del AUKUS están fomentando aceleradamente el rearme de la isla formando a sus militares y forjando relaciones con otros ejércitos, destacadamente el japonés y el filipino. En tercer lugar, y de forma calculada, EE. UU. va integrando, de una u otra forma, a Taiwán en las relaciones económicas, políticas y diplomáticas internacionales. Su “estatus especial” se amplía y se desarrolla como si fuese realmente un país independiente.

Taiwán es un termostato estratégico gobernado por los EE. UU. Este tiene la capacidad para graduar la intensidad del conflicto; es decir, será más o menos grave según le interese. El juego de poder está definido. China (lo sabe la comunidad internacional) quiere una reunificación pacífica con la isla; ahora bien, irá a la guerra si Taiwán declara unilateralmente su independencia. La presidencia actual de la isla piensa y actúa como si Taiwán fuese ya un país independiente y, por tanto, no tienen por qué declararla. EE. UU. está en condiciones de gobernar el conflicto multiplicando la apuesta hasta llevarla al límite. ¿Eso qué significa? Incrementar sustancialmente la ayuda militar, desacoplar económicamente a Taiwán de China, dotarla de un armamento cada vez más sofisticado y potenciar su papel internacional como país independiente. Cuando el círculo se vaya cerrando, forzará a China a que opte entre aceptar su derrota estratégica o responder militarmente. Nunca hay que olvidarlo: por ahora, los EE. UU., el imperialismo colectivo de Occidente, tienen la supremacía político-militar e intentarán sacar ventaja de ello.

Esto, es bueno entenderlo, no solo depende de EE. UU. sino de una China que tiene fuerza, sabiduría histórica y una capacidad de trenzar alianzas en aumento. El factor tiempo, como siempre, será decisivo. EE. UU. no tiene tiempo que perder; China tiene un tiempo propio que le hace ganar proyección y autonomía estratégica cada día. Pronto todo un conjunto de políticos europeos, empezando por Pedro Sánchez, irán a hacerse la foto con Xi Jinping; es razonable. Sin

embargo, no se debe de olvidar que el concepto estratégico de la OTAN aprobado en Madrid asume la política de EE. UU. contra China y convierte, de hecho, a la UE en un aliado subalterno de la Administración norteamericana.

[Fuente: [Público](#)]



Aaron Maté

## Las autoridades estadounidenses utilizan medios de comunicación subsidiarios para culpar a una Ucrania subsidiaria

Casi seis meses después de que explotaran los oleoductos Nord Stream y un mes después de que Seymour Hersh informara de que el Gobierno de Biden era el responsable, las autoridades estadounidenses han presentado su defensa. Según el *New York Times*, fuentes anónimas del gobierno afirman que la “información recopilada recientemente” ahora “sugiere” que quien atentó contra el Nord Stream era un “grupo proucraniano”.

La única “información” confirmada sobre este supuesto “grupo” es que las autoridades estadounidenses no tienen ninguna información sobre ellos.

“Las autoridades estadounidenses afirmaron que no sabían mucho sobre los autores y sus afiliaciones”, informa *The Times*. La supuesta información “recopilada recientemente no especifica quiénes son los miembros del grupo, ni quién dirigió o pagó la operación”. A pesar de no saber nada sobre ellos, las fuentes del *Times* especulan, no obstante, que “lo más probable es que los saboteadores fueran ciudadanos ucranianos o rusos, o una combinación de ambos”. También dejan abierta “la posibilidad de que la operación la podría haber llevado a cabo extraoficialmente una fuerza subsidiaria, con conexiones con el gobierno ucraniano o sus servicios de seguridad”.

Cuando no se presentan pruebas, cualquier cosa es, por supuesto, “posible”. Pero, curiosamente, las fuentes del *Times* están seguras de un asunto crucial: “Las autoridades estadounidenses dijeron que no estaba implicado ningún ciudadano estadounidense o británico”. Además, “no hay pruebas de que el presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, o sus principales lugartenientes estuvieran implicados en la operación, ni de que los autores actuaran bajo la dirección de ningún funcionario del gobierno ucraniano”.

A pesar de no haber obtenido ninguna información concreta sobre los autores, el *Times* declara, no obstante, que la portada estadounidense publicada en sus páginas “equivale a la primera pista significativa que se tiene sobre quién fue el responsable del ataque a los gasoductos Nord Stream”.

Se desconoce por qué el *Times* ha considerado que su “pista” carente de pruebas es “significativa” y no así la historia de Hersh que apareció cuatro semanas antes. El reportaje de Hersh no solo es anterior al del *Times*, sino que su historia contenía una descripción detallada del modo en que Estados Unidos planeó y ejecutó las explosiones del Nord Stream.

Es revelador que el *Times* tergiverse la base del reportaje de Hersh. “Al exponer sus argumentos”, afirma el *Times*, Hersh se limitó a “citar” la “amenaza que el presidente Biden profirió antes de la invasión de ‘poner fin’ al Nord Stream 2, y declaraciones similares de otros altos cargos estadounidenses”. Al sugerir falsamente que se basó únicamente en declaraciones

públicas, el *Times* omite por completo que, de hecho, Hersh citó a una fuente bien situada.

Por el contrario, el *Times* no tiene información sobre sus recién descubiertos autores ni sobre ningún otro aspecto de su “significativa” pista.

“Las autoridades estadounidenses se negaron a revelar la naturaleza de la información, cómo se obtuvo o cualquier detalle sobre la solidez de las pruebas que contiene”, afirma *The Times*. En consecuencia, las autoridades estadounidenses admiten que “no hay conclusiones firmes” que extraer, y que existen “enormes lagunas en lo que las agencias de espionaje estadounidenses y sus socios europeos sabían sobre lo ocurrido”. Por esa razón aparente, “las autoridades estadounidenses que han sido informadas están divididas sobre la importancia que debe otorgarse a la nueva información”. Por el contrario, aparentemente, el *Times* no siente dicha carga probatoria.

En resumen, las autoridades estadounidenses tenían “mucho desconocimiento acerca de los autores”, es decir, todo; “enormes lagunas” respecto al modo en que el (desconocido) “grupo proucraniano” supuestamente llevó a cabo un atentado en alta mar; incertidumbre sobre “qué importancia otorgarle” a su “información”, e incluso “ninguna conclusión firme” que ofrecer. Además, toda esta supuesta “información” estadounidense resulta haber sido “recopilada recientemente”, después de que uno de los periodistas más consumados de la historia publicara un informe detallado sobre el modo en que los servicios de inteligencia estadounidense planearon y llevaron a cabo el atentado.

Dada la ausencia de pruebas y el curioso oportunismo, una conclusión razonable no es que una “fuerza subsidiaria” ucraniana fuera la culpable, sino que Estados Unidos está utilizando ahora a su subordinado ucraniano como chivo expiatorio.

Como abanderado de los medios de comunicación del *establishment* estadounidense, el “reportaje” del *Times* se ajusta perfectamente a su papel. Días después del atentado al gasoducto Nord Stream que tuvo lugar en septiembre de 2022, el *Times* señaló que “gran parte de la especulación sobre la responsabilidad se ha centrado en Rusia”, tal y como sin duda esperan las autoridades estadounidenses. El exdirector de la CIA, John Brennan, se hizo eco de esta afirmación al opinar que “Rusia es sin duda el principal sospechoso” del atentado contra Nord Stream. Citando a “servicios de inteligencia occidentales” anónimos, la CNN afirmó que “responsables de seguridad europeos observaron buques de la Armada rusa en las inmediaciones de las fugas del gasoducto Nord Stream”, arrojando, de este modo, “más sospechas sobre Rusia”, que “las autoridades europeas y estadounidenses consideran el único actor en la región con la capacidad y motivación para dañar deliberadamente los gasoductos”.

Como la historia de que Rusia hizo explotar sus propios oleoductos ya no se sostiene, el nuevo discurso del *Times* nos pide que creamos que algún “grupo proucraniano” no identificado, que “no parecía estar trabajando para los servicios militares o de inteligencia”, de alguna manera logró obtener la capacidad única de colocar múltiples explosivos en un oleoducto sellado en el fondo del mar Báltico.

Los medios de comunicación alemanes ya se han hecho eco de esta historia. Horas después de la publicación de la noticia del *Times*, el medio alemán *Die Zeit* publicó una noticia, con fuentes oficiales alemanas, en la que se afirma que la operación fue llevada a cabo por un grupo de seis

personas, entre las que había solo “dos buzos”. Estos supuestos autores, se nos dice, llegaron a la escena del crimen a través de un yate que partió de Alemania y “que aparentemente era propiedad de dos ucranianos”. No se explica cómo un yate pudo transportar el equipo y los explosivos necesarios para la operación.

De alguna manera, los saboteadores tenían la capacidad de llevar a cabo un atentado en alta mar, pero no la conciencia de limpiar adecuadamente la escena flotante del crimen. Según *Die Zeit*, el barco fue “devuelto a su propietario sin limpiar”, lo que permitió a los “investigadores” descubrir “restos de explosivos en la mesa del camarote”. Si este escuálido y experto equipo de comandos navales “proucraniano” lleva a cabo otro acto de sabotaje en alta mar, solo tendrá que contratar a un profesional de la limpieza para salirse con la suya.

En cuanto a la motivación, de alguna manera también se nos pide que olvidemos que las autoridades del Gobierno de Biden no sólo expresaron la motivación, sino la satisfacción posterior. “Si Rusia invade Ucrania, de un modo u otro Nord Stream 2 no seguirá adelante”, prometió en enero de 2022 la alta funcionaria estadounidense Victoria Nuland. El presidente Biden añadió al mes siguiente que “si Rusia invade... ya no habrá Nord Stream 2. Vamos a ponerle fin. Vamos a ponerle fin”. Tras el ataque a los gasoductos Nord Stream, el secretario de Estado Antony Blinken recibió la noticia como una “enorme oportunidad estratégica”. Pocos días antes de que se publicara el reportaje de Hersh, Nuland informó al Congreso de que tanto ella como la Casa Blanca están “muy satisfechas” de que Nord Stream sea “chatarra en el fondo del mar”.

No solo se pide al público mundial que ignore las declaraciones públicas de los principales responsables del Gobierno de Biden, sino también su negativa general a responder a cualquier pregunta. Esto se puso de manifiesto el pasado fin de semana en Washington, cuando el canciller alemán Olaf Scholz visitó a Biden en la Casa Blanca. A diferencia del último viaje de Scholz a Washington, no hubo conferencia de prensa conjunta. Esto era comprensible: la última vez que aparecieron juntos, Biden soltó que “pondría fin” al Nord Stream, dejando a Scholz de pie a su lado en incómodo silencio. Esta vez, los dos se sentaron brevemente ante un grupo de periodistas que fueron rápidamente expulsados de la sala para aparente regocijo de Biden.

Los medios de comunicación estadounidenses se enteraron: en una entrevista cara a cara con Scholz, Fareed Zakaria, de la CNN, no encontró el momento de mencionar el reportaje de Hersh. Al cubrir la visita de la canciller alemana, medios estadounidenses como el *Times* y el *Washington Post* adoptaron un voto de silencio similar.

Inadvertidamente, el relato del *Times* deja al descubierto nuevas lagunas en los intentos fallidos de refutar la historia de Hersh.

Miembros de *Bellingcat*, el sitio web de la OTAN financiado por el Estado y falsamente presentado al público de los Estados de la OTAN como un medio de investigación independiente, han intentado poner en duda las afirmaciones de Hersh argumentando que el rastreo de fuentes abiertas acerca del momento del bombardeo no detecta los buques sobre los que informó. Pero, como señala el artículo del *Times*, los investigadores están buscando información sobre barcos “cuyos transpondedores de localización no estaban encendidos o no funcionaban cuando pasaron por la zona, posiblemente para ocultar sus movimientos”. Hersh ha hecho esta misma observación en diversas entrevistas, señalando que cuando Biden voló a Polonia antes de su

visita a Kiev el mes pasado, su “avión apagó su transpondedor” para evitar ser detectado, como informó Associated Press. Por desgracia para los autodenominados *sherlocks* digitales, los grandes crímenes internacionales —en particular los que implican a agencias de inteligencia— no pueden resolverse desde sus ordenadores portátiles.

Hersh también fue ridiculizado por citar una única fuente anónima. La historia del *Times*, por el contrario, se basa en múltiples fuentes anónimas que, a diferencia de Hersh, no tienen información tangible que ofrecer. Después de ignorar la historia de Hersh durante todo un mes, la sección de noticias del *Times* se vio obligada a reconocerla por primera vez. Y lo mejor que sus fuentes anónimas pudieron aportar no es solo un relato sin pruebas y lleno de advertencias, sino una historia que no cuestiona ni un solo aspecto del detallado relato de Hersh.

Por otra parte, Hersh es uno de los periodistas más consumados y de mayor repercusión en la historia de la profesión. Dos de los periodistas del artículo del *Times*, Julian E. Barnes y Adam Goldman, han firmado múltiples artículos que difunden falsedades demostrables con fuentes procedentes de autoridades estadounidenses anónimas.

En el verano de 2020, Barnes y Goldman estaban entre los periodistas del *Times* que blanquearon la desinformación de la CIA de que Rusia estaba pagando recompensas por tropas estadounidenses muertas en Afganistán. Cuando el gobierno de Biden se vio obligado a reconocer que la acusación carecía de fundamento, el *Times* trató de suavizar sus afirmaciones iniciales en un intento por salvar las apariencias.

En enero, Barnes coescribió un artículo del *Times* en el que se afirmaba, citando más de una docena de veces a “autoridades estadounidenses” anónimas, que “agentes de los servicios de inteligencia militar rusos” estaban detrás de “una reciente campaña de cartas bomba en España cuyos objetivos más destacados eran el presidente del Gobierno, el ministro de Defensa y diplomáticos extranjeros”. Pero días después, como informó el *Washington Post*, las autoridades españolas detuvieron a “un español de 74 años que se oponía al apoyo de su país a Ucrania pero que al parecer ha actuado solo”. (Moon of Alabama es una de las pocas voces que han denunciado la información fraudulenta del *Times*).

Ese mismo mes, Goldman compartió autoría, junto con su colega Charlie Savage, taquígrafo de las “recompensas rusas”, en un artículo del *Times* que sostenía que el fiscal especial John Durham “no ha encontrado irregularidades en los orígenes de la investigación sobre Rusia”, a pesar de que las conclusiones de Durham aún no se han hecho públicas. Como informé para Real Clear Investigations, el *Times* presentó su caso omitiendo información contrastada y distorsionando los hechos, como es la norma en la cobertura mediática del *establishment* sobre el Rusiagate.

Es de suponer que las autoridades estadounidenses que están detrás del último cuento del *Times* sobre el Nord Stream creen que han ofrecido la mejor respuesta posible a Hersh. El hecho de que carezca de información concreta y esté escrito por empleados del *Times* con un historial de dedicarse a repetir como loros la propaganda de los servicios de inteligencia estadounidenses, en última instancia, tiene el efecto contrario.

El discurso del *Times* solo puede entenderse como una confirmación más de que Hersh encontró al terrorista del Nord Stream en Washington. Eso explica por qué ahora autoridades anónimas de

EE. UU. están utilizando a sus subsidiarios en los medios de comunicación del *establishment* para presentar como chivo expiatorio a su subsidiario ucraniano.

[Fuente: [Ctxt](#). Traducción de Paloma Farré]

**Rafael Poch de Feliu**

## **Ellos lo cuentan así**

### **Acuerdos de Minsk, las negociaciones de paz de la primera fase de la guerra.**

En sucesivas declaraciones, todos los protagonistas del bando occidental de los llamados «Acuerdos de Minsk» entre Rusia y Ucrania con la mediación de Alemania y Francia, han admitido que de lo que se trataba no era de negociar con Rusia, sino de ganar tiempo para fortalecer militarmente a Ucrania.

Los acuerdos, que nadie respetó, se firmaron en el llamado «formato de Normandía», la fórmula negociada para cesar la guerra de Ucrania iniciada en verano de 2014 como una mezcla de guerra civil e intervencionismo extranjero entre el nuevo gobierno prooccidental de Kiev y la oposición armada ucraniana organizada en el Dombás.

#### **Petró Poroshenko, presidente de Ucrania:**

«Nuestro objetivo era, en primer lugar, detener la amenaza o al menos retrasar la guerra: asegurar ocho años para restaurar el crecimiento económico y crear unas fuerzas armadas poderosas». (Declaraciones a la televisión alemana Deutsche Welle y a la unidad ucraniana de Radio Free Europe).

#### **Angela Merkel, canciller alemana y garante de los acuerdos:**

El acuerdo de Minsk de septiembre de 2014 fue «un intento de ganar tiempo»:

«Ucrania usó ese tiempo para hacerse más fuerte, como puede verse hoy. La Ucrania de 2014/2015 no es la Ucrania de hoy. En la batalla de Debaltsevo de principios de 2015, Putin podía haberlos arrollado fácilmente y dudo que los países de la OTAN pudieran hacer entonces lo que ahora están haciendo para ayudar a Ucrania». «Para todos nosotros estaba claro que el conflicto estaba congelado y que el problema no se había resuelto, pero dio a Ucrania un tiempo muy valioso». (Entrevista a *Die Zeit*. Diciembre 2022)

#### **François Hollande, presidente de Francia y garante de los acuerdos de Minsk:**

Mientras Putin estaba avanzando en el Dombás usando a los separatistas prorrusos, «le inducimos a aceptar el formato de Normandía y venir a Minsk a negociar». «Angela Merkel tiene razón: los acuerdos de Minsk pararon la ofensiva rusa durante un tiempo. Lo importante era cómo Occidente aprovecharía ese respiro para prevenir cualquier otro intento ruso». «Desde 2014 Ucrania ha fortalecido sus capacidades militares y de hecho hoy su ejército es completamente diferente del de 2014; mejor entrenado, equipado..., es mérito de los acuerdos de Minsk el haber dado esa oportunidad al ejército ucraniano». (Entrevista con el diario *Kyiv Independent*, diciembre 2022)

#### **Vladimir Zelenski, presidente de Ucrania:**

Los acuerdos de Minsk eran una inaceptable «concesión». Zelenski recuerda haberle dicho al

presidente francés, Emmanuel Macron, y a la canciller Merkel, que «no podemos aplicarlos». «El engaño por una buena causa es perfectamente correcto». Zelenski dijo que hizo ver que apoyaba los acuerdos de Minsk para negociar un intercambio de prisioneros con Rusia y dar a su país más tiempo para prepararse para la guerra. (Entrevista con *Der Spiegel*, 9 de febrero de 2023).

### **¿De qué guerra se trata y cuando empezó?**

No estamos ante una guerra, sino ante varias. Hay una guerra de Rusia contra Ucrania, abierta desde la invasión de febrero de 2022. Hay elementos de guerra civil entre ucranianos desde la primavera de 2014, sin los cuales la invasión rusa habría sido muy difícil si no imposible. Hay una guerra entre la OTAN y Rusia auspiciada por Estados Unidos con su presión expansionista hacia el Este desde el cierre en falso de la Guerra Fría, hace treinta años. Y hay un precalentamiento de gran guerra global con China en el objetivo y del que la guerra de Ucrania es prolegómeno. Esta múltiple dimensión de la guerra explica muchos de sus líos y complejidades, entre ellos el hecho de que los papeles de David y Goliat, así como el título de «agresor imperial», sean intercambiables, dependiendo de qué guerra hablemos. Es lo que se desprende de las declaraciones de algunas primeras figuras occidentales.

### **León Panetta (exdirector de la CIA en la administración de Obama):**

«No decimos que es una guerra de procuración (contra Rusia) pero se trata precisamente de eso, y por esa razón tenemos que suministrar (a Ucrania) todas las armas que podamos». (Entrevista con Bloomberg TV, 17 de marzo de 2022).

### **Charles Richard, jefe del Stratcom, uno de los máximos jefes militares de EE. UU.:**

«Esta crisis de Ucrania en la que ahora estamos es solo un precalentamiento. La gran crisis está por venir y no tardaremos mucho en ser puestos a prueba en formas que no hemos conocido en mucho tiempo». (Intervención ante la Naval Submarine League, según el informe publicado por el Pentágono, noviembre de 2022).

### **Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea:**

«La guerra de Ucrania no es solo una guerra europea, es una guerra por el futuro del mundo, por lo que el ámbito de Europa solo puede ser el mundo entero». (Noviembre de 2022).

### **Annalena Baerbock, ministra de exteriores alemana:**

«Estamos librando una guerra contra Rusia» (25 de enero 2023, Parlamento Europeo).

### **Oleksii Resnikov, ministro de defensa ucraniano:**

«Estamos llevando a cabo una misión de la OTAN. Ucrania como país y sus fuerzas armadas, es un miembro de la OTAN, de facto, no de iure». (Entrevista con la BBC, 13 de enero de 2023).

### **Jens Stoltenberg, secretario general de la OTAN:**

«La guerra no empezó en febrero del año pasado. La guerra empezó en 2014. Y desde 2014 los aliados de la OTAN han dado apoyo a Ucrania, con entrenamiento y material, de tal forma que las

fuerzas armadas ucranianas eran mucho más fuertes en 2022 de lo que eran en 2020 o 2014». (Declaración del 14 de febrero de 2023).

### **Richard Clarke, jefe de operaciones especiales de Estados Unidos:**

«Lo que hicimos, a partir de 2014, fue crear las condiciones. Cuando los rusos invadieron en febrero llevábamos siete años trabajando con las fuerzas especiales ucranianas. Con nuestra asistencia, crearon la capacidad, crecieron en número, pero sobre todo en capacidad, tanto en combates de asalto como en operaciones de información». (Entrevista con David Ignatius en *The Washington Post*, 28 de agosto de 2022).

### **El atentado anunciado contra los gasoductos Nord Stream**

La hostilidad de Estados Unidos al vínculo energético entre Alemania y Rusia, resultado de la política de distensión de la socialdemocracia alemana durante la Guerra Fría (*Ostpolitik*) tiene una historia de cuarenta años. El primer gran contrato energético entre Bonn y Moscú se firmó en Essen el 22 de noviembre de 1981. En marzo de 2004, veintitrés años después, un ex miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos llamado Thomas Reed explicó en sus memorias que el verano de 1982 [la CIA voló en Siberia el gasoducto soviético](#) que Moscú había comenzado a construir para suministrar el gas pactado a Alemania. En aquella operación, se accionó un software específico suministrado por la industria occidental a la URSS que carecía de un montón de tecnologías, explicó Reed. Se sabe también que entonces EE. UU. presionó fuertemente, aunque sin éxito, al gobierno de Bonn del Canciller Helmut Schmidt para que no firmase el acuerdo gasístico con la URSS, amenazando con retirar las tropas de Alemania y ofreciendo como alternativa su gas licuado. Es decir, según fuentes del establishment de la seguridad nacional de Estados Unidos, el atentado del pasado septiembre contra el gasoducto Nord Stream tiene detrás una historia de cuarenta años y no fue el primer atentado, sino el segundo entre los conocidos.

Cuando el mes pasado el periodista [Seymour Hersh explicó los detalles](#) de cómo Washington atentó, no ya contra sus adversarios, lo que es corriente y conocido en todo el mundo, sino contra sus propios aliados europeos, un clamoroso silencio mediático acompañó a la sensacional exclusiva de Hersh, que inmediatamente pasó de ser «prestigioso periodista» a «polémico» o «controvertido» periodista. Toda una serie de comentaristas, incluidos algunos de la «izquierda de derechas» pecaron de necedad al mirar el dedo en lugar de la luna al que apuntaba éste. Los más cínicos hablaron de «misterio». Y los políticos alemanes, y los europeos en general, se tragaron ese atentado como se tragaron en el pasado las revelaciones sobre los masivos espionajes telefónicos a la canciller Merkel y otros, desvelados por Edgar Snowden.

Todo un ejército de disciplinados servidores del establishment que en el pasado nos vendieron alegremente el fraude de las armas de destrucción masiva de Sadam Hussein, y más recientemente, nos han estado bombardeando durante cuatro años con la leyenda de la interferencia del Kremlin en las elecciones de Estados Unidos en [miles de informes que ahora se han demostrado falsos](#), denunciaron «una sola fuente» y la ausencia de *fact checking* en el trabajo de Hersh. Ignoraron que, incluso si el informe de Hersh hubiera sido una fantasía desde el principio hasta el fin, algo manifiestamente poco probable, la situación que rodea a este atentado seguiría donde está, es decir: apoyada por una abultada cantidad de fuentes que primero lo anunciaron, luego lo aplaudieron y celebraron, y, finalmente, lo confirmaron con su silencio y



negativa a investigar cualquier cosa relacionada con él.

A continuación algunas muestras:

La Rand Corporation, el principal *think tank* del Pentágono, publicó en 2019 un [informe por encargo del ejército](#) sobre cómo estresar y debilitar a Rusia. Como cuarenta años atrás, la cooperación energética entre Berlín y Moscú se identificaba allí como fuente de influencia e ingreso económico para el adversario y se defendía la necesidad de «interrumpir» el Nord Stream 2 como «primer paso». El entonces secretario de Estado Mike Pompeo advertía: «haremos todo lo que podamos para garantizar que ese gasoducto no amenace a Europa».

Conforme se incrementaba la tensión alrededor de Ucrania, abundaron las declaraciones amenazantes contra esa infraestructura. Tom Cotton, senador republicano por Arkansas, dijo en mayo de 2021, «ya es hora de parar el Nord Stream 2: liquidémoslo y hagamos que se oxide bajo las olas del Báltico». Ocho meses después, el 14 de enero de 2022 el consejero de Seguridad Nacional Jake Sullivan dijo que, «hemos dejado bien claro a los rusos que si se meten más en Ucrania, el gasoducto estará en riesgo». Pocos días después, [el senador Ted Cruz](#) exigió su destrucción: «este gasoducto debe ser detenido y la única forma de impedir su terminación es utilizar todos los instrumentos disponibles para hacerlo». El 7 de febrero, cuatro días después de la declaración de Cruz, el presidente Biden compareció junto al canciller Olaf Scholz e [hizo su famosa promesa](#): «Si Rusia invade Ucrania ya no habrá Nord Stream 2, le pondremos fin». Cuando una periodista alemana le preguntó cómo podría hacerlo siendo una infraestructura alemana, Biden respondió: «Quiero ser muy claro, si Rusia invade de una u otra forma el Nord Stream 2 no progresará».

El 26 de septiembre, los tubos saltaban por los aires y el exministro de Defensa y Exteriores polaco, Radek Sikorski, [lanzaba un tuit agradeciendo](#) el servicio a Estados Unidos, acompañado de una foto de la gran burbuja báltica: «Thank you USA!». Al día siguiente los dirigentes de Polonia, Noruega y Dinamarca participaron en una ceremonia de inauguración del nuevo gasoducto Noruega-Polonia, destinado a sustituir el suministro de gas ruso. «La destrucción del Nord Stream 2 representa una tremenda oportunidad para acabar de una vez por todas con la dependencia de la energía rusa», [dijo el secretario de Estado Antony Blinken](#). La tremenda oportunidad incluía la oferta de suministro de gas licuado de Estados Unidos, entre tres y cinco veces más caro que el ruso.

El 27 de enero la vicesecretaria de Estado Victoria Nuland le dijo al senador Cruz en el Congreso: «Senador, como usted, yo, y creo que toda la administración, estoy muy satisfecha de que el Nord Stream 2 sea, como usted dice, un trozo de metal en el fondo del mar». Más tarde, los suecos iniciaron una investigación sobre el atentado, pero se negaron a compartir su información al respecto con Alemania y Dinamarca, pues los resultados eran «demasiado sensibles». En el Bundestag, un catálogo muy completo de preguntas parlamentarias sobre qué barcos rusos y de la OTAN circularon por los alrededores del lugar de la explosión en los meses anteriores, de qué países, etc., fue respondido por el gobierno alemán diciendo que no era posible dar esa información en aras del «bienestar del Estado».

Para entender lo que está ocurriendo, nada mejor que escuchar lo que todas las fuentes citadas en este artículo nos cuentan.

[Fuente: [Ctxf](#)]

**Stephen Kinzer**

## **Putin y Zelenski: pecadores y santos que encajan en nuestro relato histórico**

Mientras la guerra hace estragos en Ucrania, todo es felizmente pacífico en el frente interno. Los estadounidenses han abrazado la narrativa oficial. Ninguna película occidental había trazado la línea del bien contra el mal de forma tan clara y cruda. La Casa Blanca, el Congreso y la prensa insisten en que Ucrania es la víctima inocente de una agresión no provocada, que las fuerzas rusas amenazarán a toda Europa si no se las detiene y que Estados Unidos debe permanecer junto a Ucrania “todo el tiempo que sea necesario” para asegurar la victoria.

Disentir de este consenso es prácticamente imposible. Incluso en el periodo previo a nuestra invasión de Irak en 2003, algunas voces solitarias clamaron por la moderación. Desde que nos lanzamos a la guerra de Ucrania, esas voces son aún más difíciles de encontrar.

Hoy se considera herético, si no traición, sugerir que todas las partes en el conflicto de Ucrania tienen algo de culpa, argumentar que Estados Unidos no debería verter armas sofisticadas en una zona de guerra activa, o cuestionar si tenemos algún interés vital en el resultado de este conflicto. La estricta imposición de una zona de exclusión aérea ha sofocado el debate racional sobre Ucrania.

En los pasillos del poder político en Washington, Ucrania se ha convertido en una idea casi mística. Es menos un lugar geográfico que un plano cósmico en el que se desarrolla una batalla decisiva para el futuro de la humanidad. La guerra se ve como una oportunidad gloriosa para que Estados Unidos ensangrienta a Rusia y demuestre que, aunque el equilibrio del poder mundial esté cambiando, nosotros seguimos mandando.

La explosión de amor apasionado de Estados Unidos por el presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, fue el triunfo de una irresistible campaña mediática. Se le presentó como el nuevo héroe mundial de la libertad. De la noche a la mañana, su imagen apareció en escaparates y páginas de Internet.

En la esquina opuesta hay otra caricatura, el presidente Vladímir Putin de Rusia, retratado como epítome de todas las cualidades viles y degeneradas. Él satisface nuestra necesidad de centrar el odio no en un país, un movimiento o una idea —eso es demasiado difuso—, sino en un individuo. Durante años, nos deleitamos con nuestra superioridad moral sobre némesis pintorescas como Castro, Gadafi y Sadam Husein. Putin encaja perfectamente en esta constelación. Tener un enemigo tan caricaturescamente malvado es casi tan tranquilizador como tener al santo Zelenski como aliado.

Poco después de que estallara la guerra el año pasado, el Congreso votó a favor de destinar 40.000 millones de dólares en ayuda a Ucrania. Lo sorprendente no fue sólo la cuantía del paquete, sino el hecho de que todos los demócratas votaran a favor. Sólo 11 senadores y 57 miembros de la Cámara, todos republicanos, se opusieron. La prensa aplaudió.

Ningún país que está en guerra, directamente o por delegación, fomenta el debate sobre si la guerra es una buena idea. Estados Unidos no es una excepción. Abraham Lincoln y Woodrow Wilson encarcelaron a los críticos de las guerras que emprendieron. Algunos opositores a la guerra de Vietnam fueron procesados. La fantasmal ausencia de debate sobre nuestra implicación en Ucrania marca la última victoria de la narrativa oficial.

La Guerra Fría fue posiblemente la narrativa más poderosamente desarrollada de la historia moderna. Durante años, a los estadounidenses se les hizo creer, y así fue, que estaban mortalmente amenazados por un enemigo que podía atacar en cualquier momento, destruyendo Estados Unidos y acabando con toda esperanza de vida significativa en la Tierra. Ese enemigo estaba en Moscú.

Para entonces, los estadounidenses ya estaban acostumbrados a ver a Rusia como la encarnación de “el otro”, la fuerza de la barbarie que siempre amenaza a la civilización. Ya en 1873, un caricaturista estadounidense describió a Rusia como un monstruo peludo que competía con un apuesto Tío Sam por el control del mundo. Ese arquetipo resuena a través de las generaciones. Como la mayoría de la población, los estadounidenses se movilizan fácilmente para odiar a cualquier país que se nos diga que odiamos. Si ese país es Rusia, tenemos generaciones de preparación psíquica.

Se puede perdonar a los políticos de Washington por lanzarse a la guerra contra Ucrania. Suponen que los votantes, que tienen preocupaciones más acuciantes, no les castigarán, y que los fabricantes de armas les recompensarán generosamente. Menos perdonable es la actitud de la prensa. En lugar de desempeñar su supuesto papel planteando preguntas incómodas, se ha convertido en gran medida en la principal animadora de la narrativa oficial sobre Ucrania.

Casi toda la información sobre el frente de batalla procede de “nuestro” bando. Leemos una avalancha interminable de historias sobre atrocidades rusas y otros ultrajes. Muchas de ellas son sin duda correctas, pero el desequilibrio en la información nos lleva a suponer que el ejército ucraniano no comete crímenes de guerra. Un informe de Amnistía Internacional sobre el uso de escudos humanos por parte de los ucranianos en combate fue recibido con indignación y condena. El mensaje es claro: la justicia está de un lado, por lo que la información desde el terreno debe reflejarlo.

Muchos de los que escriben sobre este conflicto parecen creer, como sus predecesores durante la Guerra Fría, que el gobierno de Estados Unidos es un equipo y que la prensa tiene su papel en asegurar la victoria de nuestro equipo. Esta opinión es la muerte para el periodismo. La prensa no debe estar en el equipo de nadie. Nuestro trabajo es desafiar las narrativas oficiales, no amplificarlas sin sentido. Esa es la diferencia entre el periodismo y las relaciones públicas.

Para quienes fuimos corresponsales de guerra en una época en la que se informaba de los conflictos desde diversas perspectivas, la unilateralidad de la información sobre Ucrania es de lo más sorprendente. Yo cubrí a sandinistas y contras, a serbios y croatas, a turcos y kurdos. Aquellas experiencias me enseñaron que, en los conflictos, ningún bando tiene el monopolio de la virtud. Hoy a los estadounidenses se nos dice lo contrario. Nos alimentan con una narrativa infantil en la que toda la virtud está en un bando y todo el mal en el otro.

La falta de voluntad de la mayoría de los corresponsales de guerra para cubrir la guerra de Ucrania desde ambos bandos se refleja en las páginas editoriales y de opinión. Ningún periódico importante parece plantear preguntas fundamentales sobre esta guerra.

¿Está justificado que Putin no quiera bases enemigas en su frontera? ¿Debemos contribuir a la muerte de miles de personas para hacer política? ¿Hemos contribuido a provocar la guerra? ¿Qué proporción del ejército ucraniano es pronazi? ¿Por qué le importa a Estados Unidos dónde está trazada la frontera del Dombás? ¿Deberíamos tener en cuenta la reputación de Ucrania como uno de los países más corruptos del mundo antes de enviarle enormes cantidades de ayuda? ¿Es este conflicto realmente un enfrentamiento titánico entre democracia y autocracia, o simplemente otro incendio forestal europeo?

Incluso mientras Estados Unidos se hunde cada vez más en la guerra de Ucrania, estas preguntas se consideran de mala educación. El asfixiante consenso que une a nuestros partidos políticos y medios de comunicación impide un debate reflexivo. Uno de los peores resultados de la guerra de Ucrania ya está claro. Ha provocado un nuevo cierre de la mente estadounidense.

[Fuente: [Ctxt](#). Stephen Kinzer fue corresponsal jefe del New York Times en Nicaragua entre 1983 y 1989. Trabajó más de veinte años para ese diario, también al frente de sus oficinas en Alemania y Turquía. Autor de *Blood of Brothers: Life and War in Nicaragua*. Actualmente, imparte clases de Periodismo y trabaja para el Instituto Watson de Asuntos Públicos Internacionales de la Universidad de Brown (EE. UU.). Este artículo fue publicado originalmente en [Globalter](#)]

Rafael Díaz-Salazar

## ¿Cuántos tanques tiene el Papa para la paz en Ucrania?

Stalin preguntó en 1935 a Pierre Laval, ministro francés de Asuntos Exteriores, cuántas divisiones militares tenía el Papa. Quizá hoy muchos liberales y socialdemócratas antiestalinistas, que intentan moldear con un pensamiento único la opinión pública sobre la guerra en Ucrania, se planteen irónicamente la misma pregunta ante las propuestas pacifistas de Francisco. Él propugna una salida de este conflicto que es distinta a las defendidas por Putin, la OTAN, la UE y Estados Unidos. Este Papa es un líder global y merece ser escuchado. Su pensamiento está expuesto en los libros *Contro la guerra*, no traducido al español, y Encíclica sobre la paz en Ucrania, publicado recientemente en nuestro país.

Francisco ha condenado siempre la invasión rusa de Ucrania. Los calificativos textuales son claros: violenta y repugnante agresión, masacre insensata, guerra sacrilega. Utiliza constantemente el término «martirizado pueblo ucraniano». Ha defendido la legítima defensa de Ucrania ante la invasión de Rusia, pero desde hace tiempo propugna que «callen las armas» y se intensifique la acción diplomática para la paz.

### No se sale de una guerra prolongándola

La guerra en Ucrania la ubica en el contexto de las numerosas guerras regionales que asolan el mundo. El belicismo imperante es fruto de una geopolítica basada en la estrategia de los Estados más poderosos para defender sus intereses. Es una vieja lógica del poder entendido como dominación y avasallamiento. Esa geopolítica determina y traspasa el conflicto entre Rusia y Ucrania. Al ubicarse en una macro estrategia por la hegemonía global, piensa que estamos ya en una guerra mundial. A mediados de septiembre de 2022 lo dijo con toda claridad: «es un error pensar que esto es una [guerra entre Rusia y Ucrania](#) y punto. No: esto es una guerra mundial».

La escalada de la guerra como solución del conflicto que la engendra es rechazada. No se sale de una guerra prolongándola. Afirma claramente que «la verdadera respuesta no son más armas, más sanciones. Me avergüenzo cuando leo que un grupo de Estados están empeñados en destinar el 2% del PIB para adquisición de armamentos como respuesta a lo que está sucediendo. ¡Una locura!». El alto el fuego y el inicio de un diálogo multilateral para la paz son imposibles si el arte de la diplomacia no es más intenso que el arte de la guerra. Francisco habla y actúa desde el sufrimiento del pueblo ucraniano y del pueblo ruso, el cual debe estar por encima de los intereses de los Estados que desean alargar la guerra sin dar prioridad al cese de ese dolor popular. Es interesante su crítica al belicismo desde el feminismo: «si el mundo fuese gobernado por mujeres, no existirían tantas guerras».

Este planteamiento pacifista racional lo hace efectivo a través de un discurso público para generar una cultura de paz y de una intensa acción diplomática. Está en contacto con los dos presidentes de gobierno y con sus embajadores en el Vaticano, sigue intentando visitar los dos países, la Secretaría de Estado propuso en el pasado diciembre una Conferencia Europea de Paz, en un intento de reactivar el espíritu de Helsinki, y la Pontificia Academia de Ciencias

Sociales está trabajando con un grupo de expertos internacionales en propuestas concretas de resolución pacífica del conflicto. Además, hay visitas y encuentros con las partes enfrentadas para generar condiciones de confianza mutua. No se improvisa el alto el fuego. Es difícil apoyar a Ucrania y mantener cauces de diálogo con Rusia, pero considera que este gran país tiene que encontrar su encaje en un mundo pacificado.

Es muy interesante constatar que Francisco contempla la guerra en Ucrania desde su anclaje en los problemas de África, Asia y América Latina. Su rechazo absoluto a la prolongación militar de esta guerra nace también del hecho de que está empobreciendo dramáticamente a los pueblos del Sur global e impide dar prioridad a los problemas del hambre, las desigualdades internacionales y la destrucción medioambiental. Ese olvido de las masas empobrecidas que tienen las élites políticas, económicas y militares que desean prolongar la guerra, está generando una escalada bélica que puede llevar a una hecatombe nuclear. Suenan los tambores de guerra hasta el final cuando Biden declara que «Ucrania nunca será una victoria para Rusia» y cuando Putin afirma que nada frenará su victoria final y suspende los acuerdos de control nuclear. Esta situación radicaliza su discurso pacifista racional. Por ello, en el libro Una encíclica por la paz en Ucrania recupera y aplica las tesis de relevantes científicos expuestas en el Manifiesto Russell-Einstein: «Tenemos que aprender a preguntarnos no qué medidas hay que tomar para que el grupo que preferimos obtenga la victoria militar, sino qué medidas hay que tomar para prevenir o detener la conflagración militar».

### **Para una paz duradera: Del alto el fuego en Ucrania a una nueva gobernanza mundial multipolar**

Considero que, además de la resistencia a la invasión intolerable de Rusia y su guerra cruel, en el territorio ucraniano se está librando otra guerra por la hegemonía mundial de Estados Unidos que tiene como fondo su pugna con China. Esto también es intolerable. La estrategia de alargar la guerra para llegar a un punto de equilibrio de fuerzas y entablar entonces acuerdos de paz conlleva inevitablemente construir una gigantesca pirámide de sacrificios y muertes de la población ucraniana. Es un sadismo bélico vergonzoso vinculado con un cálculo político-militar incierto.

Hay que ir preparando un alto el fuego a corto plazo para una resolución pacífica del conflicto que ha de tener en cuenta los 10 puntos establecidos por Zelenski, bajo el beneplácito de la UE y Estados Unidos, y los que plantee Putin. Ya sabemos que son inconciliables de entrada. Por eso necesitamos urgentemente negociaciones y no escalada militar. Para que lleguen a buen puerto es imprescindible la mediación de un grupo de Estados e instituciones internacionales formado por China, Turquía, Brasil, India, Sudáfrica, entre otros. La UE y otras asociaciones interestatales tienen que intervenir.

Desde mi punto de vista, la perspectiva final es crear una nueva arquitectura de gobernanza mundial que, cambiando el marco actual de la ONU, se base en el policentrismo cooperativo, renuncie a hegemonismos imperialistas y acabe con el comercio de armamentos que alimenta las guerras existentes. Lo central y más importante es poner todas las energías en un programa mundial centrado en los problemas globales que más sufrimiento generan a los pueblos. No podemos tolerar que la gravísima situación social y ecológica que atraviesa nuestro mundo quede desplazada por el enfrentamiento armado. La inmensa mayoría del mundo que vive en el Sur

global demanda otra lógica internacional y por eso no apoya la continuidad del belicismo imperante y el inmenso gasto militar que conlleva.

El problema de esta guerra puede convertirse en una oportunidad para una nueva geopolítica colaborativa. Es imprescindible una nueva relación entre Estados Unidos y China. La voz de las ciudadanía tiene que ser escuchada, pero para eso hay que movilizarse por la paz como se está haciendo en Alemania, en Italia y escasamente en España.

Francisco no tiene tanques, pero sí «armas del espíritu». Así las denomina y propone. Son la diplomacia activa, la generación de confianza mutua, el diálogo entre enemigos, la renuncia a cualquier forma de imperialismo, la capacidad de construir un mundo policéntrico, la visión de la realidad desde las poblaciones y no desde las élites de los Estados, la prioridad de los problemas sociales y ecológicos globales frente a los políticos-militares. Ciertamente, es un profeta desarmado, pero las «armas del espíritu» son más eficaces que las de la guerra.

Pienso que las estrategias de Putin y de la OTAN se parecen a las imágenes de la película Los Hermanos Marx en el Oeste, cuando van destruyendo la madera de los vagones para alimentar la máquina de un tren que llegará a la estación totalmente destruido. A eso nos encaminamos. Hoy se dan tanques a Ucrania, mañana aviones de combate e inevitablemente se pedirá y concederá la entrada de las tropas de la OTAN en territorio ucraniano. El envío de Polonia y Eslovaquia —miembros de esta organización militar— de aviones de guerra a ese país dan fundamento a lo que acabo de afirmar. De verdad, ¿es creíble que Ucrania puede vencer a Rusia sin la intervención de los ejércitos occidentales en combate directo? Estamos subiendo al precipicio de la Tercera Guerra Mundial. Francisco señala un camino diferente que merece ser conocido y transitado.

[Fuente: [Público](#)]



Vijay Prashad y Mikaela Erskog

## ¿África soberana?

El mes pasado, durante la Conferencia de Seguridad de Múnich, la primera ministra de Namibia, Saara Kuugongelwa-Amadhila, fue preguntada por la decisión de su país de abstenerse en la votación de una resolución de la Asamblea General de la ONU para condenar a Rusia por la guerra en Ucrania. Kuugongelwa-Amadhila, economista que ocupa su cargo desde 2018, no se inmutó. «Estamos promoviendo una resolución pacífica de este conflicto —[dijo](#)— para que el mundo entero y la totalidad de los recursos mundiales puedan concentrarse en la mejora de las condiciones de la gente a escala planetaria en lugar de gastarse en adquirir armas, matar personas y, de hecho, crear hostilidades». El dinero que se está invirtiendo copiosamente en la adquisición de armamento, continuó, «podría ser más provechosamente utilizado si se invirtiera en la promoción del desarrollo en Ucrania, en África, en Asia y en otros lugares o en la propia Europa, donde mucha gente está pasando penurias».

Esta opinión cuenta con un amplio consenso en todo el continente africano. En septiembre, el presidente de la Unión Africana, Macky Sall, [se hizo eco](#) del llamamiento en pro de una solución negociada del conflicto ucraniano, señalando que África estaba sufriendo los efectos de la inflación de los precios de los alimentos y el combustible, provocada por las sanciones, al tiempo que se veía arrastrada al conflicto que Estados Unidos había provocado con China. «África —dijo— ya ha sufrido bastante el peso de la historia [...], no quiere ser ahora el caldo de cultivo de una nueva Guerra Fría, sino un polo de estabilidad y oportunidades abierto a todos sus socios».

La «carga de la historia» y sus emblemas son bien conocidos: incluyen la devastación causada por la trata de esclavos a través del Atlántico, los horrores del colonialismo, la atrocidad del apartheid y la creación de una crisis permanente de la deuda a través de estructuras financieras neocoloniales. Al tiempo que enriquecía a las naciones europeas e impulsaba su avance industrial, el colonialismo reducía el continente africano a proveedor de materias primas y consumidor de productos terminados. La relación de intercambio sumió a sus Estados en una espiral de endeudamiento y dependencia. Los intentos de Kwame Nkrumah en Ghana o de Thomas Sankara en Burkina Faso para intentar salir de esta situación se saldaron con golpes de Estado apoyados por Occidente. El desarrollo tecnológico en nombre del progreso social se hizo imposible. De ahí que, a pesar de la inmensa riqueza natural y mineral y de su capacidad humana, más de un tercio de la población africana viva actualmente por debajo del umbral de pobreza, lo cual multiplica por nueve la media mundial. A finales de 2022, la deuda externa total del África subsahariana alcanzaba el nivel récord de 789 millardos de dólares, cifra que duplica el volumen registrado hace una década y representa el 60% del PIB del continente.

En el siglo pasado, los principales críticos de esta dinámica colonial fueron Nkrumah y Walter Rodney; sin embargo, hay pocos estudios contemporáneos que continúen su legado. Privados de estos nuevos análisis, a menudo carecemos de la claridad conceptual necesaria para analizar la fase actual del neocolonialismo, cuyos conceptos básicos —«ajuste estructural», «liberalización», «corrupción», «buena gobernanza»— son impuestos por las instituciones occidentales a las realidades africanas. Sin embargo, como demuestran las declaraciones de Sall y Kuugongelwa-

Amadhila, las recientes crisis coyunturales —la pandemia de la COVID-19, la guerra en Ucrania, las crecientes tensiones con China— han puesto de manifiesto el creciente abismo político surgido entre los Estados occidentales y los Estados africanos. Mientras los primeros se precipitan en un conflicto entre grandes potencias con aterradores envites nucleares sobre la mesa, los segundos temen que el belicismo reinante debilite aún más sus perspectivas de desarrollo.

A medida que las naciones africanas se han ido distanciando de las potencias atlánticas, muchas se han ido acercando a China. En 2021, cincuenta y tres países del continente se habían adherido al Foro de Cooperación China-África (FOCAC), concebido para mejorar las relaciones comerciales y diplomáticas entre sus miembros. Durante las dos últimas décadas, el comercio bilateral ha aumentado cada año, pasando de 10 millardos de dólares en 2000 a 254 en 2021, de tal modo que la RPCh se ha convertido en el principal socio comercial de la mayoría de los Estados africanos. En la octava conferencia del FOCAC celebrada en marzo de 2021, China anunció que durante los próximos cuatro años importaría productos manufacturados de los países africanos por valor de 300 millardos de dólares y que incrementaría el comercio libre de aranceles, eliminándolos posteriormente sobre el 98% de los productos procedentes de las doce naciones africanas menos desarrolladas. Las secuelas del colonialismo hacen que el comercio exterior de África siga estando fuertemente financiado por la deuda y que sus exportaciones consistan principalmente en materias primas sin procesar, mientras que sus importaciones sean en su mayoría productos terminados. Para China, la inversión en África está motivada por el deseo de fortalecer su papel en la cadena mundial de materias primas y por imperativos políticos, como la necesidad de obtener el apoyo africano a las posiciones de su política exterior (sobre Taiwán, por ejemplo).

Las instituciones financieras chinas también han suscrito importantes préstamos para financiar proyectos de infraestructuras africanos, que se enfrentan a un déficit anual de más de 100 millardos de dólares. Los avances de China en los campos de la inteligencia artificial, la biotecnología, las tecnologías verdes, los trenes de alta velocidad, la computación cuántica, la robótica y las telecomunicaciones resultan atractivos para los Estados africanos, cuyas nuevas estrategias industriales, como, por ejemplo, el desarrollo de la Zona Continental Africana de Libre Comercio (AfCFTA), dependen de las transferencias de tecnología. Como [escribió](#) en 2008 el expresidente de Senegal, Abdoulaye Wade, «la aproximación de China a nuestras necesidades está sencillamente mejor adaptado que el lento y a veces condescendiente planteamiento poscolonial de los inversores europeos, las organizaciones donantes y las organizaciones no gubernamentales». Se trata de una opinión muy extendida en los países que siguen asfixiados por las trampas de la deuda del FMI, que se ha hecho aún más patente con el reciente declive de la inversión extranjera directa occidental en el continente.

El estrechamiento de los lazos entre África y China ha provocado la previsible reacción de Washington. El año pasado, Estados Unidos publicó un [documento estratégico](#) en el que esbozaba su planteamiento sobre el África subsahariana. A diferencia de lo que describe como sus propias «inversiones transparentes, basadas en valores y de alto nivel», las inversiones chinas se presentan como un intento de «desafiar el orden internacional basado en normas, de promover sus propios y estrechos intereses comerciales y geopolíticos, de socavar la transparencia y la apertura, y de debilitar las relaciones de Estados Unidos con los pueblos y gobiernos africanos». Para contrarrestar estas «actividades dañinas», Estados Unidos espera

desplazar el terreno de la contienda del comercio y el desarrollo, donde China disfruta de una posición ventajosa, hacia el militarismo y la guerra de la información, donde Estados Unidos sigue ocupando una posición indiscutible.

Estados Unidos creó el Mando para África (AFRICOM) en 2007 y durante los quince años siguientes ha construido veintinueve bases militares a lo largo del continente, como parte de una red que abarca al menos treinta y cuatro países. Entre los [objetivos](#) declarados del AFRICOM figuran «la protección de los intereses estadounidenses» y «el mantenimiento de la superioridad sobre los competidores». Estados Unidos pretende igualmente mejorar la «interoperabilidad» entre los ejércitos africanos y las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses y de la OTAN. La construcción de bases militares y el establecimiento de oficinas de enlace con los ejércitos africanos ha sido el principal mecanismo para potenciar la autoridad estadounidense frente a China. En 2021, el general Stephen Townsend, responsable del AFRICOM, [escribió](#) que Estados Unidos «ya no puede permitirse subestimar las oportunidades económicas y las consecuencias estratégicas que representa África y que competidores como China y Rusia reconocen».

Al mismo tiempo, Estados Unidos ha intensificado su campaña de propaganda sobre el continente. La America Creating Opportunities to Meaningfully Promote Excellence in Technology, Education, and Science Act, aprobada por el Senado en marzo de 2022, destinaba 500 millones de dólares a la Agency for Global Media estadounidense, como parte del intento de combatir la «desinformación» propalada por la República Popular China. Pocos meses después, empezaron a circular en Zimbabue informes de que la embajada estadounidense había financiado talleres de formación que animaban a los periodistas a atacar y criticar las inversiones chinas. La organización local que participa en estos programas está financiada por el Information for Development Trust, que a su vez está financiado por el National Endowment for Development del Gobierno estadounidense.

Ni que decir tiene que [la militarización de África por parte de Occidente durante la última década no ha hecho nada por su gente](#). En primer lugar, se lanzó la desastrosa guerra de 2011 en Libia en la que la OTAN lideró el [cambio de régimen](#), cuyo resultado trajo aparejada la muerte de cientos de víctimas civiles y la destrucción de infraestructuras clave (incluido el mayor proyecto de irrigación del mundo, que proporcionaba el 70% de toda el agua dulce de Libia). A continuación, la región del Sahel experimentó un recrudecimiento de los conflictos, muchos de ellos impulsados por nuevas formas de actividad derivadas de las acciones de las milicias, de la piratería y del contrabando. Poco después, Francia lanzó sus propias intervenciones en Burkina Faso y Mali, que en lugar de remediar el desastre causado por la guerra occidental en Libia sirvieron para desestabilizar todavía más la región del Sahel, permitiendo a los grupos yihadistas apoderarse de grandes extensiones de terreno. La participación militar francesa no contribuyó en absoluto a aliviar las condiciones de inseguridad. En realidad, la clasificación del Índice Global de Terrorismo empeoró para ambos países: entre 2011 y 2021 Burkina Faso pasó del puesto centésimo decimotercero al cuarto, mientras que Malí pasó del cuarentésimo séptimo al séptimo. Mientras tanto, Estados Unidos continuó con su intervención pluridecenal en Somalia, internacionalizando sus conflictos locales y fortaleciendo las facciones más extremistas y violentas implicadas en los mismos.

La reciente salida de las tropas francesas de determinadas zonas del Sahel apenas ha reducido

la escala de las operaciones militares occidentales en la región. Estados Unidos mantiene sus principales bases en [Níger](#); ha desarrollado una nueva huella militar en [Ghana](#), y ha anunciado recientemente su intención de mantener una «presencia persistente» en [Somalia](#). Está claro que el plan de la Unión Africana para «silenciar las armas» —su campaña por un África libre de conflictos para 2030— nunca se cumplirá mientras los Estados occidentales continúen con su patrón de intervención sangrienta y las empresas armamentísticas obtengan enormes beneficios de la venta de armas a los correspondientes actores estatales y no estatales. Al dispararse el gasto militar africano entre 2010 y 2020 (el 339% en Malí, el 288%, en Níger y el 238% en Burkina Faso), se ha consolidado paulatinamente un círculo vicioso de militarismo y subdesarrollo. Cuanto más dinero se gasta en armamento, menos se destina a infraestructuras y desarrollo y cuanto menos se gasta en este, más probabilidades hay de que estalle la violencia armada, hecho que suscita nuevas peticiones de ulteriores gastos militares.

Este año la Unión Africana cumplirá sesenta años desde la fundación de su predecesora, la Organización para la Unidad Africana. Durante la conferencia inaugural de la OUA en 1963, Nkrumah advirtió a los líderes allí presentes de que para lograr la integración económica y la estabilidad, la organización tendría que ser explícitamente política, motivada por un antiimperialismo claro y coherente. «La unidad africana —[explicó](#)— es, ante todo, un asunto político que sólo puede conseguirse por medios políticos. El desarrollo social y económico de África solo se producirá dentro del ámbito político, y no a la inversa». Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los movimientos de descolonización, los intereses económicos —principalmente los de las empresas multinacionales occidentales y sus patrocinadores estatales— acabaron ocupando el lugar de la política. En el despliegue de este proceso, la unidad africana fue vaciada y con ella la soberanía y la dignidad del pueblo africano.

La concepción de Nkrumah puede estar lejos de cumplirse en 2023. Su afirmación de que «ningún Estado africano independiente tiene hoy por sí mismo la posibilidad de seguir un curso independiente de desarrollo económico» sigue siendo cierta. A pesar de algunos nobles intentos, como la Resolución de 2016, que prohibía las bases militares extranjeras, la Unión Africana ha sido incapaz hasta la fecha de liberarse de las constricciones neocoloniales. Sin embargo, la negativa del continente a plegarse a la Nueva Guerra Fría —sus llamamientos a las negociaciones de paz en Ucrania, su reconfiguración de los socios internacionales— sugiere que es posible un orden mundial diferente: uno en el que África ya no se halle en una posición de aquiescencia y sumisión frente al «Occidente unido».

Véase Giovanni Arrighi, «[La crisis africana](#)», *NLR*, 15.

[Fuente: [El Salto](#). Artículo original: [Sovereign Africa?](#) publicado en *Sidecar*, blog de la *New Left Review*, y traducido con permiso expreso por *El Salto*.]

**Samuel Witteveen Gómez**

## **Deportaciones a Ruanda como método de disuasión**

Imagine que huye de Basora, Kabul o Alepo y tras salvar los accidentes geográficos y las duras fronteras que le separan de Europa, decide solicitar asilo. Elige un país moderno y seguro, una de las más viejas y consolidadas democracias del mundo, con un mercado laboral, además, sediento de mano de obra. Elige Dinamarca, Reino Unido o Países Bajos. A continuación, la policía de turno le detiene a la espera del próximo vuelo de deportación con destino a Ruanda, uno de los países más pobres, envuelto en conflictos armados y con un terrorífico historial de violaciones de derechos humanos. Será aquí donde se procese su solicitud de asilo y si se le concede, es donde recibirá protección. Bienvenido a Kigali, la última ocurrencia de Europa para disuadir a las personas migrantes.

El primer plan para externalizar el proceso de asilo fue anunciado el año pasado en Reino Unido por el entonces primer ministro Boris Johnson. Coincidiendo con los peores momentos de la polémica por las fiestas en Downing Street, Johnson presentó [un acuerdo de cinco años para trasladar migrantes a Ruanda](#). El país africano se encargaría de tramitar las solicitudes de asilo y de acoger a las personas a quienes se les conceda.

Reino Unido lidia en los últimos años con la llegada de miles de personas que desde Francia cruzan el Canal de La Mancha en barcas hinchables. El Gobierno conservador da a este asunto —en palabras del actual primer ministro Rishi Sunak— “una prioridad absoluta” y el plan de traslado a Ruanda debe ser la medida estrella para acabar con la llegada de las pequeñas embarcaciones.

[El primer vuelo de deportación programado en junio del año pasado](#) fue, sin embargo, frenado por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. La justicia británica había dado el visto bueno a la medida, pero el Tribunal de Estrasburgo, del que Reino Unido es parte por ser signatario de la Convención Europea de Derechos Humanos, la paralizó de forma cautelar.

Desde entonces, el Gobierno conservador no descarta abandonar la Convención Europea de Derechos Humanos si el Tribunal falla contra el plan, algo que colocaría a Reino Unido en una posición incómoda. Tan solo Rusia ha abandonado la Convención y lo hizo tras la invasión de Ucrania el año pasado. La importancia que el Gobierno británico da a las deportaciones lo expresa Suella Braverman, ministra de Interior, que [recientemente afirmaba](#): “Amaría ver en la portada de The Telegraph un avión despegando hacia Ruanda, ese es mi sueño, es mi obsesión”.

Las complicaciones legales y las duras críticas que ha recibido el plan —Amnistía Internacional lo ha calificado de [“equivocado, racista y cruel”](#)— parecen, sin embargo, no desanimar a Dinamarca. El Gobierno socialdemócrata diseñó ya en 2021 una ley migratoria que permite externalizar las solicitudes de asilo. En septiembre del año pasado, Dinamarca y Ruanda hicieron una declaración conjunta en la que ambos países declaran su “ambición común de establecer [un mecanismo para la transferencia de solicitantes de asilo](#)”.

Ahora es Países Bajos quien sigue la estela de sus vecinos. El Parlamento ha aprobado una proposición de la extrema derecha, con el apoyo de los principales partidos del Gobierno, que

insta a unir esfuerzos con Dinamarca para trasladar solicitantes de asilo a terceros países. Aunque aún no hay ningún proyecto sobre la mesa, los impulsores de la propuesta confían en conseguir un acuerdo similar al de Reino Unido.

Para Peter Rodrigues, profesor de derecho migratorio en la Universidad de Leiden, el plan neerlandés tiene pocos visos de prosperar ya que el país “está sujeto a la legislación migratoria europea, de la que Dinamarca y Reino Unido no forman parte”. Reino Unido, ya antes del Brexit, y Dinamarca siempre han mantenido su soberanía sobre política migratoria lo que les permite realizar este tipo de acuerdos con terceros países. Los demás miembros de la Unión Europea, en cambio, deben atenerse a una legislación migratoria común.

“Pero incluso sin atender al derecho comunitario, estos traslados pueden estar en conflicto con la legalidad internacional, concretamente con el principio de no devolución”, explica Rodrigues. “Este principio establece que nadie puede ser expulsado a un país donde corre riesgo de recibir un trato inhumano. Si miramos la situación en Ruanda podemos tener serias dudas de si este país es suficientemente seguro y se respetan los derechos humanos”.

Prosperen las deportaciones o no, en realidad, el objetivo es otro. “La intención es asustar —afirma Rodrigues— que la gente piense: mejor no pedimos asilo en estos países”. La periodista holandesa Irene van der Linde escribía esta semana sobre su visita a un centro de internamiento de extranjeros, donde entre un grupo de refugiadas, víctimas de los terremotos en Turquía y Siria, empezaba a cundir el pánico, pues habían oído que podían ser expulsadas a Ruanda. Antes incluso de que haya ninguna decisión tomada, la medida ya muestra su poder intimidatorio.

Ruanda, al otro lado de la historia, también tiene gran interés en estos acuerdos. “La primera razón es el dinero”, afirma Filip Reyntjens, profesor emérito en la Universidad de Amberes y especialista en el país. “Un pacto así supone una gran cantidad de dinero para un país pequeño y pobre como Ruanda”. [La portavoz del gobierno ruandés, Yolanda Makolo, confirmó un [primer pago de 120 millones de libras](#) (144 millones de euros)].

Pero eso no es todo. “Ruanda trata de mantener un perfil muy por encima de su relevancia real en el terreno internacional” explica Reyntjens. “Estos acuerdos internacionales ayudan al régimen dictatorial a protegerse de las críticas. Hace dos años el Reino Unido censuró duramente las violaciones de derechos cometidas en Ruanda. El año pasado, en cambio, tratando de sacar adelante el acuerdo migratorio, escuchamos a Boris Johnson alabar la democracia y el respeto a los derechos humanos en el país”.

Ante los planes de Reino Unido y Dinamarca, la Unión Africana calificó el envío de solicitantes de asilo a África como una medida “completamente xenófoba e inaceptable”, recordando, asimismo, que el continente ya acoge [al 85% de los refugiados del mundo](#). Aunque los acuerdos migratorios no ayuden a Ruanda a hacer amigos en África, sí que le permiten afianzar importantes aliados.

La BBC reveló que Israel ya llevó a cabo un plan similar entre 2014 y 2016. Hasta 4.000 personas provenientes de Eritrea y Sudán fueron trasladadas de Israel a Ruanda con la promesa de recibir asilo. Sin embargo, los testimonios de los migrantes recogidos por la BBC coinciden en que las autoridades ruandesas, tras su llegada al país, les exigieron un pago de 500 dólares para, a continuación, conducirlos a la frontera con Uganda, donde fueron expulsados. La mayoría de ellos emprendió entonces la ruta hacia Europa. Según los testimonios, varias de estas personas

fueron ejecutadas por Daesh o [perecieron al tratar de cruzar el Mediterráneo](#).

Los planes de deportación llegan en un momento en que Europa se fortifica más que nunca para frenar la llegada de migrantes. En los años noventa, España fue el primer país europeo en construir vallas en sus fronteras, cercando los enclaves de Ceuta y Melilla. Pero desde 2016, durante la crisis migratoria provocada por la guerra en Siria, Europa ha instalado en sus fronteras [2.048 kilómetros más de vallado](#). Fronteras cada vez más sofisticadas, asistidas por drones y videovigilancia.

Además, el empleo de *pushbacks* es, según numerosos estudios y testimonios, sistemático. Así conocemos historias como las de la policía croata que, ante el silencio de sus socios europeos, transporta a las personas migrantes interceptadas en su territorio hasta la frontera con Bosnia donde, entre duras vejaciones, son expulsadas. Amnistía Internacional considera que las prácticas empleadas por Croacia son “sistemáticas” y las califica de [“torturas y trato inhumano y degradante”](#).

Y, sin embargo, Europa ha mostrado su capacidad para responder a una crisis migratoria al [acoger a más de 4,8 millones de refugiados ucranianos](#). En apenas unos meses y sin mayores sobresaltos.

“Los planes para deportar solicitantes de asilo a terceros países son propuestas extremas mal diseñadas, que nacen del oportunismo político y son contrarias a la legalidad”, sentencia Rodrigues. Los gobiernos de Reino Unido, Países Bajos y Dinamarca “pretenden mostrar mano dura ante la opinión pública”, considera Reyntjens. En cualquier caso, se lleguen a consumir los planes o no, los oscuros deseos de la extrema derecha ya han recibido el aliento de estos gobiernos.

[Fuente: [Ctxf](#)]

Irene Zugasti

## La paridad no nos salvará

Ferrovial tiene un Plan de Igualdad. Lo acordó con los sindicatos mayoritarios y cumple con los últimos Reales Decretos que regulan la materia. Su Plan habla de paridad, de infrarrepresentación, de acceso y de promoción, de carrera profesional. Como el de Repsol. Como el de Mercadona. Como el de Inditex. Porque, aunque se marche a tributar al extranjero, Ferrovial tiene un plan de igualdad. También tiene un [Comité de Dirección](#) trufado de posgrados en Standford, ESADE, ISDE y muchos MBA, aunque cuente con una sola mujer, y un Consejo de Administración donde ellas son el 25% de esos currículums labrados en Cemex, en la Sareb y en algún que otro ministerio también. Sin embargo, en el Banco Santander sí que se cumple la presencia equilibrada en su Consejo, aunque los currículums se parecen bastante si dejas a un lado el sexo de sus titulares.

El caso es que Ferrovial tiene un Plan de Igualdad, que le luce mucho, por ejemplo, a la hora de licitar contratos públicos para construirte, qué sé yo, un Zendal. También le legitima cuando tiene que hablar de Responsabilidad Social Corporativa o cuando sus directivas acuden junto a otras directivas a esas mesas redondas organizadas por fundaciones, empresas u oenegés donde hay *networking* y *benchmarking* y *purplewashing* y muchas cosas que acaban en *-ing*. Eventos en los que se habla de talento femenino, y de liderazgo, y de inclusión, y de empoderamiento, y se rompen techos de cristal, y después se sirve un vino español y te regalan un boli y una libreta.

A no ser que seamos de ese porcentaje privilegiado que, cuota mediante, pueda aspirar a un asiento en esas mesas, reconozcamos que a la gran mayoría de nosotras la paridad en las empresas del IBEX, en los consejos generales o en los colegios profesionales nos sirve más bien de poco. Pero todo vuelve, como los noventa, la cadera baja, la posguerra fría y las políticas de igualdad «ilustradas», que tienen más de despotismo que de ilustración. Y por eso este 8 de marzo, con más prisa que ideas, el PSOE propone recuperarlas y convertirlas en una llamada al progreso, al feminismo civilizado, a la vuelta al orden, que es como se hace la buena política, la de los mayores, la de toda la vida.

La mayoría de nosotras hemos encogido los hombros: ¿más paridad? Ok, pues vale. Sólo se ha ofendido la CEOE, que dice que [no les gusta la obligatoriedad](#), ni para poner consejeras en empresas, ni para subir el salario mínimo, ni en general para nada que no sea hacer lo que les sale de los cojones. Decía hoy Calviño que con esta nueva norma saldremos mejores en lo económico y en lo social, porque con ella se pasaba de las recomendaciones a las obligaciones en los espacios de decisión (o sea, las empresas). Obligaciones. A la CEOE. De nuevo hombros arriba: ok, pues vale.

Cuesta mucho tragar, legitimar y dar por feministas políticas que no disputan el poder, sino que asumen los lugares desde donde se toman las decisiones y, con ello, las decisiones mismas. Lugares —altos cargos, colegios profesionales, puestos directivos, listas electorales— donde solo se llega acumulando privilegios, redes, contactos, capitales, aunque de vez en cuando alguien consiga colarse por alguna grieta. En el país donde la [pobreza se hereda](#) y el ascensor social se ha roto, en el país en el que la desigualdad te arrastra escaleras abajo en el descansillo, hace



falta mucho más que forzar la presencia equilibrada para hablar de igualdad.

Las políticas de representación paritaria como requisito de legitimidad democrática tienen limitaciones, aunque eso quienes las proponen ya lo saben. Cuando no cuestionan quién manda ni sus relaciones se convierten en una forma de entender la justicia de género que, además de elitista, se ha demostrado, a la vuelta de casi dos décadas, ineficaz. Ineficaces para democratizar las instituciones, para redistribuir la riqueza, para representar a las invisibles, para cambiar las condiciones materiales de la mayoría. A mí me da igual que decida Ayuso o Rodríguez, Robles o Trillo; tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando, Ana como Antonio, Meloni que Salvini, Botín padre que Ortega hija. Hace tiempo que estas medidas agotaron sus posibilidades, o incluso, se han convertido en puntales para sostener lo insostenible.

Y no, no es cuestión de invalidar esas políticas, que pusieron la base de las cuotas de género que tanto escocieron —y escuecen—, que reparan discriminaciones y que sirven para tomar lo que es legítimamente nuestro. Hubo que ser muy valiente en su tiempo para defenderlas, para aprobarlas. Pero ellas solas, sin clase, sin interseccionalidad, sin conciencia, no nos salvarán. Ni de la precariedad, ni de la violencia, ni de la crisis, ni de la pobreza, ni del racismo, ni de las señoras que, en nombre de las mismas, blindan su privilegio y su poder.

Como técnica de igualdad me ha tocado bregar en muchas mesas para hablar de representación equilibrada, de cuotas, de porcentajes: he divulgado el evangelio según la Ley Orgánica y he tenido enfrente a muchas personas que arqueaban las cejas con la simple mención de la paridad. Negociaciones que acababan con la firma de algún papel —llámese plan, protocolo, lo que sea— que dormiría en el cajón para siempre. Desde esa experiencia, muchas convenimos que era mejor centrar esfuerzos en otros frentes y otras estrategias más urgentes, más cotidianas, donde teníamos mucha mayor agencia —y mejores aliadas—, para cambiar las cosas.

Habrà quien viva cómoda en las *roundtable* de liderazgo femenino, en el mujerismo por el mujerismo, en los premios y reconocimientos endogámicos, en los programas culturales del 8M, en el aluvión de reportajes sobre mujeres que hacen cosas que verás esta semana en la que se atraganta el morado, pero a muchas se nos ha quedado corto, no ya como límites de lo institucional, sino como horizonte transformador en casi cualquier sentido. Poco me identifica con mujeres que sostienen las patas de sus butacas clavándose en las espaldas de otras. Con aquellas que llaman locas o inútiles o malcriadas a las que han sido más valientes que ellas. Con las que se sientan con Vox a hablar de liderazgo femenino. Con las que cenan con Tito Berni en el Ramsés. Con las ejecutoras del neoliberalismo más inhumano y salvaje, que desmantelan todo lo público a sabiendas de que esa pobreza caerá sobre las de abajo. Poco o nada me interpela más allá de una sororidad automatizada —casi un pacto tácito de no agresión, diría yo— basada en que no deseo a ninguna lo que no quiero para ninguna de nosotras, ni violencia machista, ni violencia política, ni ser la única mujer de la foto. Pero la sororidad sólo tiene sentido si es de ida y vuelta, y en los días en que pesa tanto dar sin retorno, tanta ingratitud, habría que plantearse qué sentido tiene ejercitarla.

Ser la mitad de todo es la aspiración legítima de muchas mujeres que hacen política, y está muy bien, pero dejen paso a quienes aspiran a mucho más. Quizá ellas sí puedan salvarnos.

[Fuente: [Ctxt](#)]

**Francisca García y Eva Rodríguez**

## **Aborto provocado: ¿en los centros públicos?**

El pasado 16 de febrero quedó aprobada la reforma de la Ley de Salud Sexual y Reproductiva e Interrupción Voluntaria del Embarazo. Entre los muchos aspectos que aborda la Norma destaca la voluntad de realizar la prestación sanitaria de aborto provocado directamente en los centros públicos en un esfuerzo por acercar este recurso a las mujeres en cada uno de los territorios.

Más allá de que compartamos la idea de que las prestaciones sanitarias, todas ellas no solo la IVE, deben ofrecerse cerca del domicilio de las personas y siempre y cuando ese acercamiento no suponga una merma de la calidad; la apuesta de la reforma vuelve a abrir un interrogante: ¿está la Sanidad Pública preparada para realizar en sus centros la interrupción voluntaria de la gestación?

La Ley de SSR e IVE del 2010 consagraba la voluntariedad de la mujer frente a su IVE y apostaba también por la formación de los y las profesionales en todas y cada una de las técnicas de aborto para garantizar no solo el relevo generacional sino sobre todo para que las mujeres pudieran decidir interrumpir su embarazo con el método más acorde a su situación médica y personal. Pasados trece años de la vigencia de esta Ley, este principio de la Norma: la formación de los/as profesionales, no se ha cumplido, es decir, la Sanidad Pública no ha hecho “los deberes”.

La reforma recientemente aprobada comienza a dar sus primeros pasos sin que el aborto provocado sea materia curricular en las carreras de la Salud, tampoco se enseña durante la especialización. Los/as profesionales no solo no aprenden todas y cada una de las técnicas de IVE, sino que, además, como consecuencia de lo anterior, no se han creado unidades multidisciplinares formadas por profesionales expertos/as en los protocolos médicos y sanitarios de aborto provocado.

Podríamos dar muchos argumentos que explicasen esta dejación de responsabilidades, pero fundamentalmente todo gira en torno a una razón básica: la asistencia al aborto continúa siendo la más ideologizada de las asistencias sanitarias, como consecuencia de ello la objeción profesional, que no ética, es la más extendida de las objeciones entre el cuerpo de médicos/as y personal sanitario frente a la IVE.

Para luchar contra esta circunstancia es imprescindible establecer un modelo asistencial cuyos/as profesionales estén claramente posicionados/as en la defensa de los derechos de las mujeres. Profesionales que respeten, posibiliten y protejan sus decisiones con seguridad y calidad asistencial. Un modelo dispuesto y preparado para continuar erradicando prejuicios y estigmas, con resiliencia para soportar beligerancias externas e internas.

Estos equipos multidisciplinares, no desarrollados en la Pública, tienen que abordar la demanda de IVE bajo una concepción integral, psicosocial y médica, con conocimientos en las prácticas clínicas más avanzadas. Equipos que cuenten con una formación técnica específica que posibilite la oferta de los dos métodos IVE más importantes: farmacológico e instrumental.

Pese a que lo expuesto en los párrafos precedentes nos podría parecer un razonamiento lógico si realmente queremos garantizar la libertad de decisión de las mujeres y su seguridad sanitaria; las comunidades autónomas que están incorporando la práctica de IVE en sus centros públicos, lo están haciendo desde un único método: el farmacológico, porque es la técnica que menos resistencias despierta entre el personal médico y sanitario al ser la mujer la que casi por sí misma realiza su aborto; y ello pese a que la mayoría de las mujeres, más de un 80%, eligen técnicas instrumentales cuando pueden realizar su elección sin presiones, en el mismo espacio médico y sin desplazamientos.

El articulado de la actual Reforma establece en su artículo diecinueve que los centros que realicen abortos, independientemente de su naturaleza pública, concertada o privada, deben ofrecer todas y cada una de las técnicas de aborto. En este sentido, nos preguntamos si las administraciones públicas romperán con la inercia que pasa por primar el aborto farmacológico frente al instrumental y serán capaces de organizar en sus centros equipos multidisciplinares integrados por personal médico formado en todas las técnicas. ¿Podrán, en definitiva, organizar unidades multidisciplinares que garanticen libertad de elección, seguridad sanitaria, confidencialidad y acompañamiento?

Pese a que ACAI insistió durante la elaboración de la Ley del 2010 en la necesidad de blindar la formación profesional en aborto provocado, pese a que volvimos a insistir en esta Reforma recientemente aprobada; lo cierto es que las respuestas a las preguntas anteriores, ofrecen poco margen al optimismo; no solo porque, como ya hemos dicho, los deberes no están hechos; sino porque no existe ni voluntad política ni profesional por cambiar la situación, porque las soluciones que se están articulando en distintas comunidades autónomas responden a la presión de los/as profesionales afectados/as y a los intereses económicos de las Administraciones y la industria farmacéutica, marginando, una vez más, las preferencias y las necesidades de las mujeres, quienes entonces y ahora deberían estar en el centro de esta práctica sanitaria.

Continuamente hemos insistido, lo hacemos una vez más, en la idea de que nuestra actuación asistencial no puede agregar huellas traumáticas al proceso de aborto provocado. Nuestra labor debe adaptarse a las necesidades, requerimientos y circunstancias de cada una de las demandas de aborto. En definitiva, dejemos que sea la libre elección de la mujer la que tenga siempre la última palabra.

[Fuente: [El Salto](#)]

## Chantal Maillard

Recluido en un torreón a las orillas del río Neckar, en los últimos años de su vida, Friedrich Hölderlin, según se cuenta, a cualquier pregunta que se le hiciese, contestaba invariablemente « *pallaksch, pallaksch* », una expresión con la que se remeda el balbuceo de los niños pequeños. Celan alude a ello en el poema «Tubinga. Enero»: *Si viniera, / si viniera un hombre, / si viniera un hombre al mundo, hoy, con / la barba de luz de / los patriarcas: / debería, / si hablara de este / tiempo, / debería / sólo balbucir y balbucir, / siempre—, siempre—/ asíasí.* («Pallaksch. Pallaksch»). Era un mes de enero cuando los altos mandos de las SS se reunieron en Tubinga para decretar el exterminio del pueblo judío. Hay épocas, en efecto, en que la boca de un sabio no podría sino balbucir. Pero

¿y en qué época no? ¿La historia de la humanidad no es acaso toda entera, desde sus inicios, la historia de un crimen? Las naciones europeas no cesan de recordarse mutuamente el holocausto judío pero ¿fue éste el único? ¿En qué ciudad se decretó el genocidio de Namibia (1904-1908)? ¿En qué mes el de Armenia (1915-1923), el de Ucrania (1929), el

de España (1936-1975), el de la Franja de Gaza?

¿Lo recordamos?

Tan sólo en los últimos sesenta años, con implicación directa o indirecta de los gobiernos de Occidente, fueron masacrados

siete millones de vietnamitas

dos millones de camboyanos

dos millones de kurdos

quinientos mil serbios

un millón doscientos mil argelinos

setenta mil haitianos

ochocientos mil tutsis e hutus

doscientos mil guatemaltecos

trescientos mil libaneses

un número aún creciente de palestinos

¿los recordamos?

Y aunque así fuese, ¿nos sentiríamos concernidos?

Cuanta más alta sea la cifra más espectacular será el

suceso y, por lo tanto, menos habrá de implicarnos:

el dolor siempre acude en singular. Sumamos y

redondeamos como para ajustar la tasa de sufrimiento.

¿Puede acaso sumarse el sufrimiento? ¿Será más el dolor de todo un pueblo que el de cada uno de sus miembros? ¿Cómo sufre «un pueblo»?

¿Existe el Pueblo o la Nación independientemente de su gente? Y

cada uno de los seres que padecen ¿no será siempre el mismo, una y otra vez, infinitamente?

Ahora, cuando todo es aquí, irremediabilmente aquí y ahora, ante la permisión del horror yo digo:

Si viniera,  
si una mujer viniera, ahora,  
si una mujer viniera al mundo con  
la espiga de luz de  
las matriarcas: debería  
si hablara de este  
tiempo  
debería  
tan sólo balbucir, balbucir  
y así tal vez  
tal vez así  
asíasí

tal vez

De: *La herida en la lengua*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2015

[Chantal Maillard es una poeta y filósofa española de origen belga. En 2004 recibió el Premio Nacional de Poesía por su obra *Matar a Platón* (<https://chantalmaillard.com>)]